

CUENTOS ALCOHÓLICOS
CRISTINA CIVALE





INGREDIENTES
CUENTOS ALCOHÓLICOS

CRISTINA CIVALE

ccivale@gmail.com

www.cristinacivale.net

milena caserola

Editor responsable: Matias Reck

Noviembre 2009 - Buenos Aires - Argentina

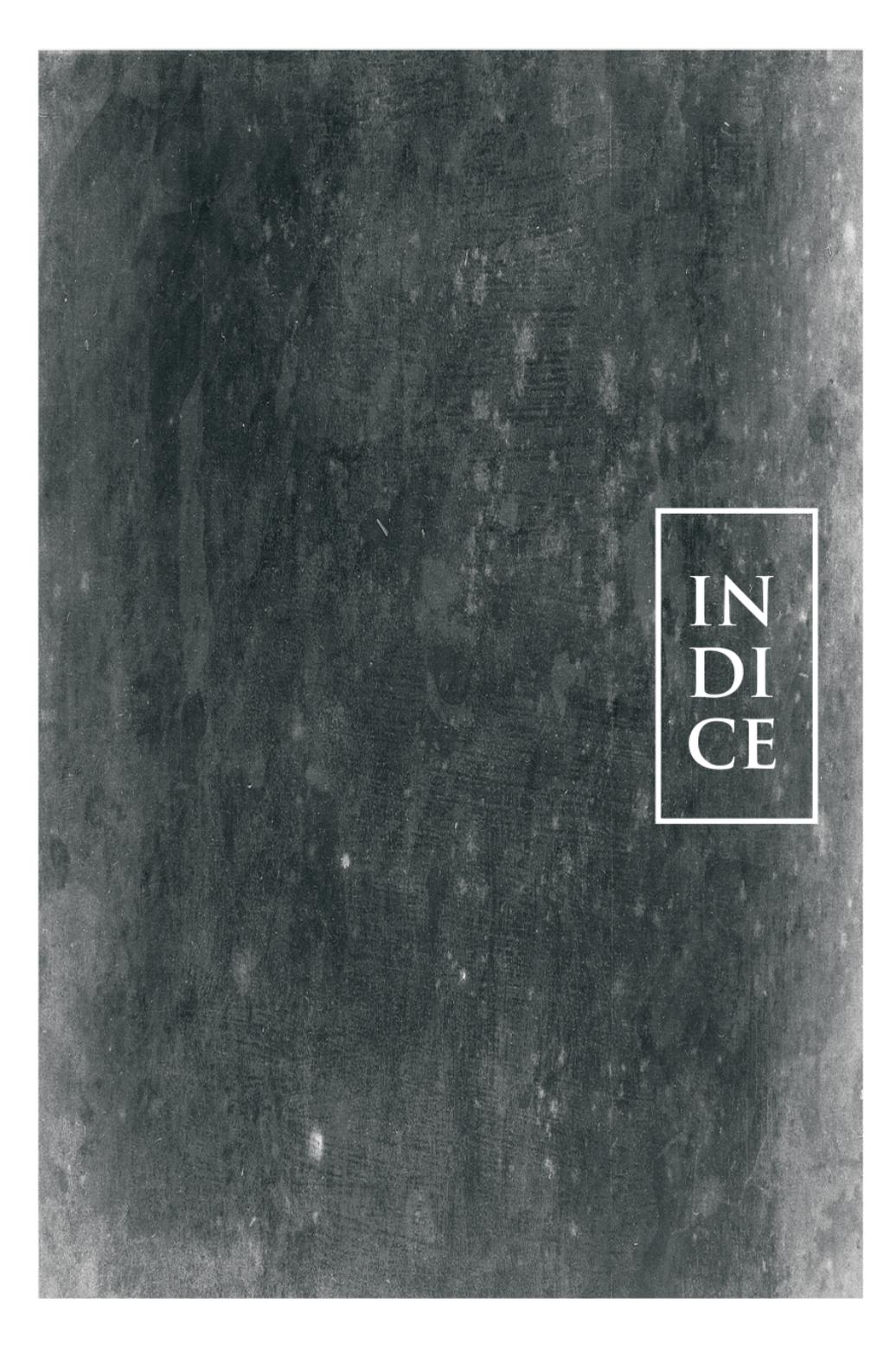
losreck@hotmail.com / www.milenacaserola.blogspot.com

ILUSTRACIONES
LUCIA DIMANGO

DISEÑO Y EDICIÓN
GRAUHERTT

ESTUDIO

Ä



IN
DI
CE

IN DI CE

- 1 CHUPITOS DE RON AÑEJO
Pagina.....13
- 2 DRY MARTINI
Pagina.....19
- 3 ANÍS TURCO
Pagina.....31
- 4 GINEBRA
Pagina.....43
- 5 GIN TONIC
Pagina.....55
- 6 MALBEC
Pagina.....65
- 7 MOJITO
Pagina.....75
- 8 SCOTH IN THE AIR
Pagina.....85

BLOODY MARY	9
Pagina.....95	
FERNET	10
Pagina.....105	
GANCIA BATIDO	11
Pagina.....115	
CHARDONNAY	12
Pagina.....125	
SYRAH	13
Pagina.....133	
ABSOLUT	14
Pagina.....147	
BRUT ROYAL	15
Pagina.....155	
LICOR DE HUEVO	16
Pagina.....165	



CUENTOS ALCOHÓLICOS

CRISTINA CIVALE





1

CHUPITOS DE RON AÑEJO

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

1

CHUPITOS DE RON AÑEJO

Las noches más tristes de mi vida las pasé bailando salsa.

No sé cuánto de verdad hay en lo que voy a narrar a continuación. Es el relato de un relato. Al menos una parte será tomada de referencias. Yo sólo recuerdo tramos sesgados del inicio y puedo dar fe del final. La jugosa parte del medio, la de la perdición y el descontrol, me la contaron en versiones similares dos personas. Una de mi confianza; la otra, no. Me refiero a mi mejor amiga, con la que había emprendido el viaje a Tamarindo, y a nuestra anfitriona, la dueña del hotelito donde paramos quien, cuando empezó a ocultarse el sol durante ese segundo día en la playa caribeña, abrió una botella de ron añejo y nos invitó a tomar unos chupitos junto al resto de su familia.

Recuerdo un living lleno de colores, algunas personas apenas conocidas: nuestra anfitriona, una mulata risueña, entusiasta y regordeta; su marido, sus dos hijas adolescentes, el novio de la chica más grande y por fin, mi amiga. Nos puedo ver a todos sentados alrededor de una pequeña mes ratona. Algunas frases de una conversación banal me invaden. Estoy casi segura de que esta fueron las palabras exactas y la frecuencia:

-Hoy el mar estaba más sucio que ayer-comentó mi amiga.

-La ciudad vieja es pequeñita pero peligrosa, yo nunca salgo sin mi navaja- afirmó una de las hijas, la menor, más cercana a jugar con muñecas que a portar cuchillos.

-Yo prefiero mi *pipiquiu* como Bond, como James Bond-le contestó el padre, tratando ahora de darle un hilo a la conversación, mientras se palpaba el revólver en la parte trasera del pantalón.

-Odio las armas, prefiero mis puños- seguí yo.

-¿Quién es el profesor de surf de la Playa Roja?-quiso saber mi amiga, que parecía realmente interesada en el tipo pero sobre todo en cambiar de tema.

Y en ese preciso momento la anfitriona, sin contestar, comenzó a seguir la segunda ronda de chupitos.

Una de las hijas, la que tenía novio, puso música. Una salsa ramplona, de lo peor que había escuchado del género en toda mi vida.

En ese momento, a pesar de la música y los tragos, la conversación continuaba su ritmo tedioso y su contenido tan frágil como intrascendente. Recuerdo muy bien que preferí callar y pararme para seguir el compás de la música cansina. Las hijas también se levantaron y bailaron. Armamos un trío que trató de moverse con sensualidad y gracia pero que no pudo vencer la densa abulia de la reunión. Hasta que se me ocurrió la idea del concurso.

-Juguemos a hacer fondo blanco –sugerí.

Era una idea básica pero todos nos aferramos a ella para salvar aquella noche empantanada. Nuestra anfitriona se encargó de servir la sucesiva serie de chupitos que cada uno se encargó de engullir a toda velocidad para ganar la competencia mientras golpeaba con fuerza su copita contra la mesa. A la décima vuelta yo había vencido en ocho y me perfilaba como la clara ganadora de la noche. Entonces no sé cómo la salsa mortecina volvió a sonar en esa suerte de living que se convirtió otra vez en pista. Todos, menos mi mejor amiga, nos levantamos a bailar.

Según cuentan mis fuentes yo coqueteaba indiscriminadamente con la anfitriona y con el novio de la hija mayor. Urdía secretos con uno y con otro alternadamente y del mismo modo le tocaba los pechos a la anfitriona y luego la entrepierna al chico.

Las dos versiones coinciden en que en un momento me desmayé y que tanto mi amiga como la anfitriona se hicieron cargo de mi cuerpo perdido y de mis vómitos.

Me llevaron a la habitación, sosteniéndome la cabeza una a la vez mientras hacía mis cosas frente al inodoro. Luego decidieron darme una ducha fría para despabilarme. Me desnudaron y me colocaron bajo los imprevistos influjos del agua helada pero yo seguía sin reaccionar. Me colocaron una camiseta que encontraron en mi maleta y me metieron en la cama donde dormí profundamente. Eso me dijeron.

Recuerdo, eso sí, haberme despertado a la mañana siguiente con el estómago revuelto y escasa noción de lo sucedido. Mi amiga había partido sin mí a la reunión de trabajo a la que ese viaje nos convocaba. Me sentí tan traicionada como desconcertada por una actitud que no dudé juzgar como la telaraña de un trepadora inescrupulosa.

Me levanté, me duché –sin pensar que la llegada a la cama había constituido un problema– y me dirigí en bata a la cocina del hotelito a buscar agua. En el trayecto me cruzó la anfitriona que se abalanzó sobre mí y me dio un beso en la boca, ofreciéndomela abierta, húmeda e irresistible.

-Estaba loca por hacer esto- murmuró entre un beso y otro mientras me arrancaba la bata y rozaba mis pechos desnudos contra los suyos vestidos.

No opuse resistencia, algo me decía que se lo debía. Asistí a sus pedidos, obediente. La cosa duró algo más de diez minutos donde ella me hizo su fugaz esclava sobre la cama que le alquilaba. Cuando el rito del que ella me había hecho su dueña amagó con recomenzar, me valí

tímidamente de mis puños para quitármela de encima, más como una gracia caprichosa que como un rechazo.

Al liberarme, volví a ducharme, me vestí y pedí un radiotaxi para que me llevara a la cita por la que había ido a Tamarindo.

Cuando llegué al lugar, mi amiga todavía esperaba en el lobby. Le pedí explicaciones por su partida solitaria. Se negó a darme explicaciones sobre la noche anterior y no quiso contestar a ninguna de mis preguntas. Estaba notoriamente molesta y avergonzada y yo me cuidé muy bien de no contarle lo que me había pasado con la anfitriona.

Supongo que ella pudo imaginarlo porque luego de esperar una hora para tener nuestra reunión y de conseguir aquello que habíamos ido a conseguir me sugirió con la imperiosidad de una orden que pasásemos el último día en Tamarindo en otro lugar. Fue así como hicimos las maletas en silencio y dejamos el hotelito ante la mirada extorsiva de la anfitriona, sus hijas, el novio de la mayor y del marido.

El nuevo hotel daba sobre la Playa Roja. Allí mi amiga intimó con el entrenador de surf, aquél por el que había preguntado la noche anterior. Fue él quien le contó los ritos del hotelitos, sobre todo el de incautar a turistas aventureros en sus sesiones de tragos mezclados con rohypnol, seguramente lo que yo había tomado aquella noche y que me había adormecido de ese modo.

En el avión de regreso mi amiga llenó los blancos de mi memoria y agregó los datos que le había dado el surfer.

-Las noches más tristes de mi vida las pasé bailando salsa –afirmé por primera vez.

-Ahhh, esa música calentona. A mí nunca me gustó –me contestó mi amiga y se calzó los auriculares de su mp3 donde sólo sonaba Aphex Twin.

Nunca más volvimos a hablar del asunto.



2

DRY MARTINI

Cuentos alcohólicos - Cristina Civale

2

DRY MARTINI

El avión aterrizó con cincuenta minutos de demora. Se hacía tarde para mi cena de cumpleaños. Eran pasadas las siete pero aún no anochecía. Todavía tenía que llegar hasta el hotel, registrarme, desempacar, darme el masaje que formaba parte del paquete-regalo-de-cumpleaños, pasearme por el sauna y, recién después, encontrar un lugar donde celebrar la cena de mis cuarenta y cinco. Estaba obsesionada con que fuese en un sitio con vistas al Canal.

Siempre quise conocer Ushuaia y por una razón u otra, cada vez fui posponiendo el viaje: había visitado rincones insospechados de África, conocía muchas ciudades europeas –incluso pueblos sin encanto que no figuran en los mapas–, había barrido de norte a sur todos los destinos turísticos de Argentina y por supuesto había visitado New York, Miami y Los Ángeles y no sé cuántos otros lugares más. La ciudad del fin del mundo era una deuda que arrastraba desde los tiempos en que empecé a viajar.

La llegada de los cuarenta y cinco constituía una excusa para saldar esa deuda y, sobre todo, un buen maquillaje para lo que verdaderamente quería: huir de Buenos Aires, escaparme de la vida que tenía montada –socias, marido, padres, amigos, conocidos oportunistas, un tumulto de gente con la que intercambiaba conversaciones del tipo ruido contra ruido- y llegar sin compañía a una ciudad que imaginaba con magia tanto para los festejos como para la huída.

La mañana del viaje ordené rápidamente la casa. Me di cuenta de que mi marido había dejado la radio del living clavada en una emisora AM que bullía escupiendo noticias. Sobre la mesita ratona había desparramado las sobras de su desayuno y un cenicero rebosante de colillas. Ninguno de mis dos hijos –adolescentes tardíos que ya iban a la universidad- había tendido sus camas antes de partir hacia sus actividades y el gato ronroneaba en el balcón. No apagué la radio ni limpié la mesa ratona. Tampoco ordené las camas de mis hijos y le dejé comida al gato como para tres días. Empecé a garabatear una nota para mi familia pero enseguida me arrepentí y la quemé. Tiré las cenizas por el balcón. Marqué el número de celular de una de mis socias desde mi teléfono fijo sin identificación y cuanto atendió, corté. Llamé a mi madre. Me respondió el contestador. No dejé mensaje.

Los preparativos del viaje habían sido secretos. Así debía ser la partida. Tomé un avión del mediodía para no tener que atravesar la mirada matinal e interrogante de mi marido ni la suspicacia del portero que a esa hora descansaba de vigilar las entradas y salidas de quienes se movían por el edificio. Llamé a un radiotaxi de un empresa a la que jamás había contratado –quería evitar dejar algún rastro- y pedí que me recogiera en una esquina a dos cuadras de mi casa. En el camino me crucé con el verdulero al que le mentí prometiéndole que más tarde pasaría a comprar algunas provisiones, zapallitos, calabaza y una raíz de jengibre, lo de siempre. Llevaba un equipaje exiguo, un bolso de mano con ropa abrigada, un par de botas, otro de zapatillas y los borceguíes negros que había comprado para la ocasión. Nada delataba mi condición de viajera. Podía pensarse tranquilamente que me dirigía al gimnasio.

A pesar del atraso en la partida, el aeropuerto operó como refugio y no me importó tener que esperar. Me sentía lejos de todo y aunque el avión no había despegado, yo estaba en el aire, en un limbo donde yo misma –y sólo yo- funcionaba como único cobijo. Así era, a pesar de la multitud con el que me cruzaba cada día. El de mi cumpleaños cuarenta y cinco quise hacerle frente a esa verdad. A pesar de todos, estaba sola y así celebraría. Sin falsos abrazos, sin besuqueos por compromiso, sin regalos comprados a última hora, sin las eternas rosas

que mi marido compraba online, como en piloto automático, para cualquier tipo de aniversario y con la misma tarjeta mecanografiada para toda clase de celebración. Sin embargo, no me azotaba ni la melancolía ni la autocompasión. Una sensación tibia de libertad me arropaba y me encontraba tan sumergida en mi limbo que cuando por fin anunciaron el vuelo, no llegué a escuchar el aviso. Fue recién en el último llamado a embarque cuando advertí que debía apurarme si no quería perder mi avión. Y corrí y no lo perdí. Cinco horas después llegué a Ushuaia.

Desde el taxi que me llevó hasta el hotel, con vistas al Canal de Beagle, tuve la primera impresión de la ciudad. Un lugar bajo, colorido y ancho, con construcciones desparejas, como estaqueadas en cualquier parte. Desde ranchos de madera hasta casas descollantes. Todo junto y mezclado. La ciudad me recibió con vértigo. No puedo explicar por qué, pero la sensación de que me encontraba en el borde abismal de un mapa se hacía efectiva. Había llegado al final del mundo y más allá, como si la tierra fuese plana y no redonda, sentía que no había nada.

Llegué al hotel de excelente humor. Ya eran casi las ocho de la noche y todavía había una luz fuerte y brillante. No parecía que ya caía la noche pero en Ushuaia no todo lo que parece, es. En efecto, la noche estaba cayendo sobre mi cabeza, con disimulo y aunque no la percibiera. Me instalé en mi habitación ubicada en un

quinto piso con ventanales gigantes que daban al Canal. Desde allí tenía una visión sesgada del puerto turístico y también del comercial. Los barcos se amotinaban en el último con banderas de países que no llegué a reconocer y en el primero, catamaranes de distintas compañías prometían viajes al faro del fin del mundo, avistaje de delfines y de pingüinos.

No veía la hora de pisar a la calle. De modo que tomé una ducha rápida, cancelé el masaje, me olvidé del sauna y salí.

No había armado un plan y tampoco tenía un mapa así que empecé a caminar a la deriva, guiada por los bordes seguros del Canal de Beagle frente al cual, estaba empecinada, descubriría el sitio perfecto para homenajearme.

No es que esperase encontrar el ajetreo y la oferta de Puerto Madero pero la costanera del Canal estaba muerta. Los negocios que parecían haber funcionado alguna vez vendiendo algo, o se encontraban cerrados o desprendían una sutil letanía de abandono. Algún hombre corría en lo que probablemente fuese su rutina aeróbica y sólo una pareja se hacía arrumacos mirando el mar. Por lo demás, parecía un desierto. Miré la hora. Todavía no eran las diez de la noche. Seguí caminando. Un poco antes de llegar al puerto turístico me topé con una especie de fogón mal iluminado, sin parroquianos ni turistas. No parecía tener otra opción. No al menos frente al Canal. Por lo cual entré decidida a seguir con el plan festejo a pesar del lugar inhóspito, de los manteles veteados, de las servilletas de papel y de

la mirada intrigada de los mozos que seguramente esperarían irse pronto esa noche por la falta de clientes. Les iba a dejar una buena propina y no sentí ninguna culpa por ser la única comensal.

Me acomodé en una mesa desde donde podía, apenas, divisar las aguas del Canal. La luz mala del fogón se reflejaba sobre el vidrio y más bien me veía a mí misma tratando de ver el agua que al agua en sí. Pero estaba ahí. Lo sabía y, por el momento, alcanzaba. Comí lo que me dieron ya que no había carta, sólo menú del día: centolla con salsa de camarones y la acompañé con una copa de chablís. Nunca había comido centolla y no puedo decir si estaba bien hecha o no. Si lo estaba, no me gustó. No pedí postre y fue imposible beber champagne. No tenían.

Una punzada en el pecho me alertó. No podía ponerme triste. Todo ese desasosiego que sentía, estaba segura, se debía al fogón de mala muerte tan lejos de lo imaginado. Me quedaba todavía una hora, apenas habían pasado las once, para hacer de mi cumpleaños algo memorable.

Salí de la zona del Canal y camine hacia la calle San Martín, la principal. Muy poca gente salía de alguna que otra pizzería y casi sobre el final, encontré un pub irlandés. Entré. Un par de tipos bebían unas pintas y me parecía que llevaban cargadas en el cuerpo unas cuentas más. Desde una rockola sonaba un blues.

Decidí volver al hotel. Mientras desandaba el camino, encendí el móvil que llevaba apagado desde Buenos Aires. Ningún mensaje. Ni de voz ni de texto. Volví a apagarlo.

Una vez en el lobby del hotel, esperando el ascensor, una luz que daba la vuelta sobre el área de desayuno llamó mi atención. Olvidé el ascensor y seguí la dirección de la luz. Emanaba de una barra exquisitamente equipada, con butacones de cuero rojo y una mesada lustrosa. Me acomodé sobre uno de los butacones, en una de las esquinas esperando que el barman tomase mi pedido. Mientras esperaba, me detuve a mirar la magnífica colección de botellas y la tentadora variedad de marcas. Las buenas barras me hacen feliz. Me detuve en las botellas de vodka y, entre las más conocidas, descubrí una verdadera rareza, poco común aún en buenos sitios de Buenos Aires. Descubrí una botella de Wiborowa, un vodka polaco literalmente exquisito. Ahora sí me sentía completamente feliz. Todavía no era medianoche. Quizá llegase, por fin, a tener la celebración que había soñado. El festejo que merecía. El barman, un chico joven con un curioso lunar en el mentón, tomó mi pedido.

-Quiero un martini, pero con vodka.-le pedí.

-Ah, un vodkatini –afirmó el muchacho con una precisión que celebré, sonriente, mientras afirmaba con la cabeza.

-¿Podés prepararlo con Wirobowa? –le pregunté.

-Con lo que quiera –me respondió y se dispuso a hacer su trabajo.

Me lo sirvió con dos aceitunas. Sentí que recién entonces empezaba a festejar. Lo terminé rápido y le pedí otro. El chico lo preparó mientras me

contaba que hacía dos meses que se había mudado a la ciudad, que era de Buenos Aires, más concretamente del partido de San Isidro y bla bla bla. Yo lo miraba fascinada, no porque me interesase lo que decía, sino por su habilidad para agitar la coctelera, por su elegancia para verter el contenido en la copa, sin excederse ni una gota; por la generosidad de las dos aceitunas. De mí, no le dije nada. Seguía hablándome, como en un ronroneo mecánico y bla bla bla. Yo oía el sonido de sus palabras pero no lo escuchaba. Sólo distinguía cómo movía la boca sin parar, como el lunar del mentón subía y bajaba, bajaba y subía. Me encontraba completamente absorta en el ritual armonioso de la preparación de mi trago favorito. Luego del segundo, pedí otro más y otro y otro y así.

Al día siguiente me desperté desnuda en la cama de mi habitación sin tener muy claro donde estaba. La ropa estaba tirada en el piso y había una copa de martini vacía y con las aceituna intactas sobre la mesa de luz. Me llevó largos minutos recordar que me encontraba en un hotel de Ushuaia a donde había ido a celebrar mi cumpleaños número cuarenta y cinco. Miré la hora. Eran las dos de la tarde. Me esforcé por recordar cómo había llegado a la habitación y no lo conseguí. Llamé al servicio de habitaciones y pedí un café doble y una limonada.

En tanto, tomé una ducha fría, me revisé con minuciosidad todo el cuerpo y no parecía que hubiese tenido contacto con nadie. Recién cuando la piel empezó a arrugarse, cerré la canilla y me calcé la bata de toalla, una gentileza mullida del hotel. Apenas salí del baño tocaron a la puerta.

El chico del lunar entró con una bandeja con el pedido. Recordé su mandíbula moviéndose, la coctelera, la palabra San Isidro, el butacón, las aceitunas. No hablamos. Nos deshicimos en gestos gentiles y cuidadosamente silenciosos. Algo de vergüenza intangible nos unía. Cuando se fue, quise darle una propina que rechazó con desdén.

-Espero que haya pasado un feliz cumpleaños, señora- me dijo y enseguida se dio media vuelta y se fue.

Fui incapaz de recordar si mi cumpleaños había sido feliz. No hice más esfuerzos. Decidí aceptar lo inevitable del olvido.

Me quedé todo el día encerrada en mi habitación, con la bata puesta, mirando por el ventanal los dos puertos. Los catamaranes partían llenos de turistas y yo me preguntaba, como para ejercitar la lógica, a donde se metería toda esa gente por la noche. Deseché hacer cualquier tipo de excursión: ni el lago Escondido, ni la estación de esquí del Cerro Castor, ni el Parque Nacional ni nada de nada. Ni siquiera el soñado Faro del Fin del Mundo.

A las siete de la tarde pedí un taxi y me dirigí al aeropuerto. Mi vuelo de regreso a Buenos Aires estaba marcado para las ocho de la noche. Esta vez el avión salió en punto.

Algo pasada la una de la madrugada llegué a mi casa.

La mesa ratona duplicaba su suciedad. En el medio de ella desentonaba una inmensa caja violeta de cartón con un moño anaranjado gigante. La abrí. Dentro de ella se marchitaban dos docenas de rosas color té con una tarjeta donde alguien había tipeado: "Felicidades, mi vida".

Me dirigí a mi habitación. Mi marido dormía acompañando su sueño con un suave resoplido. Comprobé que mis hijos no estaban. Sus camas seguían sin tender y sus cuartos parecían igual de desordenados que el día anterior.

Controlé el contestador del teléfono fijo. Había cinco mensajes donde sólo se escuchaba el sonido de un auricular arrepentido.

Volví a encender mi móvil. Ningún mensaje. Lo dejé sobre la mesa ratona. Tomé las llaves del coche de mi marido, busqué al gato y lo cargué. Salí a la calle con lo puesto y sin el bolso.

Manejé hasta que se hizo de día. Hacía horas que había abandonado la ciudad. No tenía idea de dónde me encontraba.

Sólo sabía que estaba lejos. Muy lejos de mí. Al menos tal como me había conocido hasta entonces.



3

ANÍS TURCO

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

3

ANÍS TURCO

Él no puede vivir sin mí. Ayer pasó con un taxi por la puerta de mi edificio y desde su celular marcó mi número. Yo terminaba de escuchar los mensajes en el contestador donde las últimas grabaciones registraban tres llamados suyos en sucesivos tonos de desesperación por no encontrarme en mis números habituales. De modo que cuando a las dos y veinticinco de la madrugada, aproximadamente, sonó el teléfono yo ya sabía que era Paco. Dudé unos segundos. Tomé una bocanada de aire para calmar un tono agresivo que me estallaba en la garganta.

-¿Dónde estás?-le pregunté, finalmente, sin ningún tipo de introducción, mientras escondía mi regocijo ante su debilidad. Ninguna otra persona podía llamarme a esa hora.

-Nunca me hubiese atrevido a llamarte tan tarde, pero estoy a la vuelta de tu casa- se disculpó. -¿Puedo subir a tomar un té? Cinco minutos y me voy.

-Si no te podés quedar toda la noche, no bajas- le contesté, sosteniendo el inalámbrico mientras abría una botella de anís turco, un vicio heredado de mi abuelo paterno, que había nacido en Bel Terrón, en el Líbano, y de chica me había ensañado a jugar al dominó y cuando cumplí los quince, me regaló mi primera botella de anís y me preparó un vaso largo, apenas cortado con dos pedacitos de hielo. Entonces no pude más que reflexionar: ¿Un té? ¿Desde cuando en mi casa se toma té?

-No, no...Ahí bajo, Mercedes. No te pongas así- me dijo esta vez con firmeza y cortó, seguramente dispuesto en no perder un segundo en verme.

-El no puede vivir sin mí- pensé, todavía risueña y algo halagada.

Hacía quince días que conocía a Paco y él ya me juraba amor eterno. Su obstinación, como cualquier obstinación masculina, me pareció sospechosa. A esa altura de mi vida estaba segura de que todo hombre que pregona amar demasiado, en realidad se ama demasiado a sí mismo. Por eso, a Paco, no le tenía el menor respeto. La verdad es que era un tiempo en que los hombres demostraban mucho entusiasmo por salir conmigo, tanto que, en una misma semana y con catorce horas de diferencia, dos con los que intimé me dijeron la misma frase, arrodillados, con cierto patetismo, ante mi sillón, el que uso para leer.

-Quiero ser tu geisha.

No es la clase de frases que me gusta escuchar de boca de un varón pero, por el momento, no conocía tipos de otra clase y, como no me daba la gana estar sola, los dejaba arrodillarse y mentirme con descaro. Paco fue uno de esos hombres con inclinaciones orientales.

Se cruzó en mi camino una tarde de invierno en la que yo había programado suicidarme. Pero antes de mi último acto había decidido salir a ventilarme, mi deseo de morir no era tan fuerte y contaba con que alguna brisa cualquiera pudiese hacerme cambiar de opinión. Ya no me creía mucho cuando me iba tan abajo y trataba de tomármelo con la mayor gracia posible. Fui hasta Palermo Viejo donde en el subsuelo de una tienda de ropa, un conocido presentaba un libro de poesía. Sólo fui porque sabía que servirían todo tipo de tragos; ninguno con anís, mala suerte, por lo que me quedé sin tomar nada. Entonces, ante la falta de mi bebida favorita y mientras el poeta recitaba como al azar alguno de sus poemas, me dediqué a mirar a mi alrededor, buscando a algún conocido. No había nadie. Entonces cambié la intención y me dediqué a buscar a alguien que me gustara. Justo frente a mí lo vi.

Llevaba puesto un piloto largo aunque ese día -y desde hacía varios- no llovía. Me gustó cierta intangible excentricidad. Me acerqué y a diez centímetros era mucho menos interesante de lo que aparentaba. Además una batería insólita de tics delataba un permanente nerviosismo. Movía mucho la cabeza -tanto que era perjudicial para mi vista- hasta tal punto que en un momento necesité tomarla entre mis manos para que se quedara quieto. Ahí empezó todo. Nos besamos largamente y casi no nos separamos desde ese primer beso.

Perdíamos el tiempo juntos hasta que a los dos días él se despachó con su declaración. Estábamos echados en mi cama, desnudos, y yo estaba a punto de decirle que hiciésemos algo porque estaba tremendamente aburrida.

-Te amo- me soltó.

-Yo no- pensé, contrariada, pero no le dije nada. Me parecía muy brutal la verdad. ¿Aunque finalmente, quién de los dos ganaba en cuanto a exabruptos? Prefería pasar por alto una respuesta y le sonreí. Parece que se emocionó mucho porque su cabeza de repente empezó a sacudirse de tal modo que me vi obligada a sostenérsela. Paco aprovechó mi cercanía y, desparramando todo su aliento por mi rostro, volvió a decírmelo.

-Te amo.

Ya no pude sonreír. Me di vuelta dándole la espalda y apagué la luz, dispuesta a dormirme.

-Tengo sueño.

No volvimos a tocar el tema pero, desde aquel día, ese par de palabras se instalaron, incómodas, entre nosotros.

Mientras esperaba a Paco, obligada por su ímpetu acosador, el teléfono volvió a sonar inmediatamente después de su primer llamado. Me resultaba increíble que fuera tan pesado.

-¿Qué pasa ahora? -respondí, ya sí totalmente fastidiada y otra vez sin preámbulos.

-¿Cómo llegaste?- me interrogó la voz de mi padre, con quien acababa de cenar en un encuentro entre traumático y esclerótico.

-¿Pasó algo?-pregunté, pensando que mi madre podría haber tenido un ataque repentino de algo.

-No, hija. No te preocupes -me contestó sin rencor. -Como te dejé en un taxi...¿Recién llegaste? -me preguntó medio abochornado.

Terminé la conversación cargada de culpa y con excesivas demostraciones de afecto hacia mi padre, con el que apenas me ataba un vínculo alcohólico. Él compraba mis botellas de anís en el winery de su barrio -porque eran más baratas que en el mío y tenían la marca francesa que a mí me gustaba- y me las dejaba cada martes en mi cocina como un eficiente delivery. Entraba a mi departamento con un juego de llaves que le entregué para esos únicos fines, mientras yo estaba en mi trabajo, una oficina céntrica en la que asistía a un par de abogados.

Mientras todavía estaba shockeada por la última conversación telefónica, Paco finalmente tocó el timbre. Le abrí.

-Si no te podés quedar toda la noche no sé para qué subiste- le repetí mientras lo saludaba con la botella de anís en la mano. Era obvio que lo que más me interesaba de Paco era su forma de hacerme el amor.

-Qué cara que tenés Mercedes. Estás desencajada.

-Estoy aburrida.

-No tendrías que tomar tanto -me contestó mientras me quitaba la botella y me servía una cantidad considerable en una copa de agua totalmente inadecuada.

-Ya te dije que no llenes tanto la copa. Es de mal gusto- lo avergoncé pero igual me la bebí de un sorbo atolondrado.

-No te veo bien -insistió.

-Estoy perfectamente. Pensaba salir a dar una vuelta.

-¿A esta hora? Son las dos de la mañana.

-Es el día del amigo. Parece viernes -le dije sin darle importancia.

-Mirá, no te veo bien. Vamos a hacer una cosa. Yo me quedo a dormir, vos si querés te quedás levantada, escuchas música, mirás la tele bajito al lado mío pero, eso sí, yo necesito dormir -volvió a decirme. -No se te ocurra que hagamos otra cosa.

-Bueno, entonces andate a tu cama- le respondí con una lógica implacable. ¿Para qué otra cosa creería Paco que me serviría? La sola idea de que repitiera esas palabras imposibles me crispaba.

-Es que no te veo bien, realmente. No quiero dejarte así.

Haciendo un gran esfuerzo, una demostración de infinita paciencia le contesté con gran educación.

-Si te preocupé, disculpame -dije mientras me servía otra copa- Además no entiendo bien eso de que necesitás dormir. ¿Cómo vendría a ser?

-Así. Me duermo en tu cama y vos te quedás acá y yo te cuido. No te podés ir porque si no se acabó todo.

-Ajá. ¿Y cómo pensás cuidarme?

-Te amo. Vení, vamos a acostarnos.

No sé cómo lo logró, pero le hice caso y justo ahí empecé a odiarlo.

A la mañana me desperté y él ya no estaba en la cama. Me alegré de que me evitase el desagradable saludo matutino. A los pocos segundos entró a mi cuarto con una bandeja con el desayuno. La puso a mi lado y me besó la frente.

-Ahora estás mejor -me dijo y yo estaba segura de que era mentira. Suelo amanecer con los ojos hinchados, ojeras y la cara grasienta. ¿Por qué mierda me mentía?

-No quiero yogur. En la heladera hay jugo de naranja. Traeme.

Y Paco con un sonrisa se levantó y me lo trajo, lo puso sobre la bandeja y esta vez me besó en la mejilla.

-Te amo -volvió a decirme.

Empezaba a inquietarme la recurrencia de sus declaraciones.

Dejé el desayuno a un lado y me levanté. Me metí en el baño y me di una ducha rápida. Esperaba que mi descortesía disipara su presencia, pero no. Lo encontré en el comedor, cómodamente instalado, leyendo el diario y comiéndose el desayuno que había preparado para mí.

-Me voy a trabajar. ¿Salís conmigo? -lo intimé.

-Bueno. ¿Cuándo nos vemos?

-No sé. Te llamo.

-Está bien, cuando vos quieras.

Bajamos juntos en el ascensor y él me acariciaba la cabeza mientras yo contenía mi disgusto hasta que no aguanté más y le saqué la mano con violencia.

-No me despeines.

Cuando llegamos a la planta baja, me arrinconó contra uno de los ángulos del ascensor y me besó en los labios que yo mantuve apretados.

-Te amo. Mirá lo linda que te ponés cuando te beso.

Me miré al espejo y sólo vi la cara de una mujer desencajada. Nada de eso podía ser cierto.

En la puerta de calle, nos despedimos.

-Te amo -volvió a decirme y ya no podía tener piedad. O su vocabulario contemplaba muy pocas palabras o se estaba volviendo loco.

-Yo no. Yo no. Yo no. -le repetí para que le quedase claro.

-Sos muy cruel, pero igual te sigo amando.

Me sonreí. ¿Que otra cosa podía hacer?

-¿Ves cómo te arranqué una sonrisa? Te amo.

No podía creerlo. Sin duda, debería ser la precariedad del vocabulario.

Detuve un taxi y me subí. Tomé un trago de la petaca con anís que me había comprado mi padre en su licorería y volteé la cabeza para ver si Paco ya se había ido. Estaba parado frente a la puerta de mi casa y al ver que lo miraba, moduló su frase inefable: "te-a-mo".

Dejé de mirarlo y pensé que estos tiempos las personas intimábamos demasiado rápido. Armábamos una rutina de sábanas, desayunos y diarios que llevaba a malos entendidos como el que padecía Paco.

No iba a volver a verlo. Era lo mejor que podía hacer por él. Y por mí, claro. Sólo quería por fin toparme con un romance verdadero, no con un psicópata pasivo que me saboteara con palabras. "Yo no, yo no, yo no", repetí bien fuerte para mis adentros y Paco salió de mi cabeza y me sentí aliviada, como si me hubiese despertado de una pesadilla en la que un ser aparentemente inocente me ahogaba. Yo no, yo no, yo no.

Abrí la ventanilla. Necesitaba sentir la brisa de un tornado en la cara.



4

GINEBRA

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

4

GINEBRA

Nunca imaginé que su retirada fuera a convertirse en ese hecho sangriento. Él acababa de irse. De irse para siempre. Eligió un modo despiadado para dejarme. ¿Acaso existe otro modo para ejecutar un abandono? Un limpio tiro disparado al corazón por su propia mano derecha. Nuestra cama fue el escenario que buscó para su adiós mudo. Una única carta, precisa y breve, dirigida a su madre explicó que el destino de esa bala había sido su última voluntad. Ninguna mención hacia mí, ninguna respuesta, ningún reproche. Sólo su cuerpo habitando nuestro terreno en estado irreversible: una brutal dedicatoria.

Yo los encontré. A él y a la carta. Violé todo, la correspondencia y el cadáver, nada me pertenecía. Ni mi propio cuerpo, aunque frotara su piel fría contra la mía y leyera la correcta sucesión de esas letras que formaban unas palabras escritas para otra mujer. Me dejé ir y algo que se movía adentro de mí siguió pautando una serie de acciones como si la vida pudiese suceder después de su muerte. Me demoré en su funeral, donde no recé mientras un enterrador echaba las últimas paladas de tierra sobre su tumba. Una mano, cualquier mano, pretendía calmarme posándose sobre mi hombro. Sólo recuerdo que me irritaba y que, con un inequívoco movimiento, la retiré del área de consuelo. No había motivo para otras presencias. Tampoco lloré o hablé, ni siquiera maldije. Estaba muda. El silencio se había apoderado de mí como la única rebeldía posible. Me encerré en mi casa. El sopor de las sábanas de mi cama -las mismas que las del día de su muerte- se convirtieron en mi único refugio. No tenía intenciones de salir de ahí. Nunca. Llenaba el silencio con los acordes secos del bandoneón de Piazzolla interpretando *Reminiscencia*. Lo programé en mi equipo de música para que sonara sin detenerse. Sólo un corte de luz lo hubiese callado. A veces tomaba unos largos sorbos de ginebra; otras tantas, vomitaba. La bala no me estaba destinada, pero me había atravesado, del mismo modo que me golpeaba, como de muerte, cada acorde del bandoneón con sus lágrimas de dos por cuatro.

Agonizante, sólo hilaba cuatro palabras: "¿Por qué este chantaje?". Esa pregunta era mi solitario y legítimo sonido que me acosaba envuelta en la levitación provocada por la ginebra. En apariencias, porque cuando el bandoneón se calló de repente y sin explicación, sentí la necesidad de levantarme. Ya nada me arrullaba. Estaba mareada. Nunca supe si el piso que tocaban mis pies era real o imaginario. De todos modos, lo abandoné. Ese refugio, ya un nicho tibio y sucio. Pretendí ser quien había sido y me dispuse a encontrar una respuesta que me aliviara. ¿Ebria? No lo recuerdo. La verdad nunca me importó. Por esa razón pude cruzar las fronteras: las reales y las imaginarias. Me desplazé hacia el único lugar donde, quizá, podría entenderlo todo. El mismo sitio que él no pudo llegar a conocer y que, quizá, lo hubiese librado de apretar el gatillo.

Había escuchado hablar de ese pueblo pero no conocía a nadie que alguna vez hubiese ido. No figuraba en los mapas, estaba en los cuentos de la gente. Se alzaba con categoría de leyenda y, dadas mis particulares circunstancias, era el único sitio al que podía acudir para conjurar las dudas que no me dejaban vivir, esa enorme pregunta sobre su injusto chantaje.

Tuve que atravesar el río y mostrar pasaporte. Desde la frontera, anduve nueve horas por un camino costero en un auto de alquiler -uno de vidrios polarizados, como me habían recomendado- y por fin alcancé la playa que buscaba.

La descubrí por la insólita aerosilla desierta sobre la bahía de piedra, que aparecía en forma recurrente en los relatos. Detuve el auto junto a la playa y me bajé. Las sillas aéreas se desplazaban, vacías, de abajo hacia arriba en un circuito perpetuo. Nadie las custodiaba. No pude evitarlo, y con la misma precisión con la que solía tomar impulso en las hamacas cuando era una nena, detuve una y me subí. Una vez arriba eructé. El gusto agrio de la ginebra hizo fuerza contra mis labios. No lo dejé escapar.

El ascenso fue lento y, desde la altura que proyectaba, mis pies podían moverse casi al ras del cerro y mis ojos divisar a las pocas personas que circulaban por el pueblo con mayor lentitud, todavía, que las sillas. Al llegar a la cima, me encontré con una pequeña capilla estilo Vaticano. Entré. Una estatua de varón, vestido con una túnica celeste y una aureola pendiendo de su cabeza pelada, me hacía pensar que allí se veneraba a un santo. Estaba rodeado de velas celestes de distintos tamaños y grosores. Unas pocas estaban encendidas en una especie de altar. A los pies, se leía en letras talladas sobre la base de madera: "San Eugenio". Recordé que era el santo que se suele invocar para que los hombres nazcan sanos y buenos. Me pareció adecuado para un pueblo como aquél. Afuera una estatua plana de acero inoxidable sólo cobraba sentido si se la miraba de costado, enfatizando la extraña veneración de los habitantes por este tal Eugenio. El altar y las estatuas no eran todo lo que había en la cima.

Una pila con agua bendita se plantaba por ahí. Me acerqué y humedecí mis dedos que llevé a mis labios. Raro: el agua bendita sabía a ginebra.

Unos metros más arriba, un mirador con paredes de vidrio y unos viejos telescopios, permitían tener otra perspectiva del pueblo, el punto más alto desde donde podía espiarse. Me acerqué a uno de los telescopios y le introduje una moneda, inmediatamente se puso en funcionamiento pero no pude ver nada. Un hombre me apartó con suavidad tirándome del saco. Cuando me dí vuelta, me soltó. Era la primera persona con la que me cruzaba desde que había iniciado el viaje. Tendría poco más de veinticinco años y me llamó la atención una gruesa cadena plateada que le rodeaba el cuello allí donde parecía haber una cicatriz. Su curiosa alhaja fue la certeza de que no había errado el camino.

-¿Cómo se atreve? -me preguntó el hombre con una voz que no delataba ningún tipo de crispación.

-No tuve alternativa. Sólo quiero saber dos cosas.

El hombre no me contestó enseguida. Su silencio parecía invitarme a que preguntara. Error.

-No me importa lo que usted quiera saber-dijo clavándome la mirada en el vientre. -Sólo va a escuchar lo que yo quiera decirle.

-De acuerdo- musité, resignada.

Empezó diciéndome que no estaba seguro de que yo fuera capaz de entender su mensaje y me aseguró que él estaba en ese pueblo para escapar de gente como yo.

-Puedo escuchar la agobiante ansiedad de su respiración, huelo su aliento asqueroso - concluyó. -Ante eso, sólo queda el motín o la fuga y acá vivimos los amotinados. Si puede soportarlo, siga con su tour. Pero no crea que va a ser un paseo inocente.

Sin darme tiempo para que le pidiera alguna explicación, empezó a bajar la ladera del cerro. Lo corrí pero fue inútil. No pude alcanzarlo. Volví sobre mis pasos y al cruzarme con el altar de San Eugenio, tuve una necesidad inexplicable. Saqué una caja de fósforos de mi bolso y encendí una vela. La más gruesa que encontré apagada. Improvisé una oración muy corta y sólo pedí entender de una vez de qué se trataba lo que estaba viviendo. Si ése era el santo de los hombres buenos, tenía que escuchar mi ruego.

Volví a montarme en una silla y bajé. Me subí al auto bastante confundida y seguí bordeando la costa hacia el norte, con las palabras del hombre de la cadena llenándome de turbación, cuando un cuerpo rebotó en el vidrio delantero del auto. Frené abruptamente y otro eructo volvió a atascarse en mi boca. Pensé que había matado al tipo.

Un chico que apenas pasaba los quince años, se puso de pie de inmediato. No parecía lastimado y se estiraba con vehemencia las largas mangas de su camiseta clara, ocultando una marcas inconfundibles. Como si no se diese por enterado de que acababa de atropellarlo, siguió su camino con paso rápido. Se estaba escapando. Me di cuenta de que huía de mí.

Lo alcancé y le crucé el cuerpo para que se detuviera. Lo hizo y me miró como sólo miran aquéllos que sienten odio. No dejaba de estirarse las mangas y alzaba el mentón, como desafiándome. Esta vez fui yo la primera que habló, encarándolo con una pregunta que presumía la continuación de mi reciente conversación con el hombre de la cadena.

-¿Por qué amotinados?

Hizo tiempo mirando con displicencia hacia el mar y, sin quitarle los ojos encima a las aguas que se volvían cada vez más oscuras a medida que la luz abandonaba el día, por fin me respondió.

-Amotinados, escapados, prescindentes - repitió como si se tratara de una oración largamente aprendida. -No nos tiente, no nos mate. Váyase de una vez, por favor- suplicó. - Nunca debió haber venido.

Me quedé petrificada en el medio del camino mientras el chico se perdía en la playa. Creo que se metió en el mar pero ya no pude ver más. Volví a sentirme mareada. Igual me subí al auto, definitivamente perdida, y empecé a dar vueltas sin rumbo por el pueblo. Estuve manejando dos horas y ya no tuve dudas. Empezaba a encontrar en esas apariciones un sentido perturbador. Hombres, sólo hombres por todos lados. Sin madres, ni hijas, ni esposas ni amantes ni hermanas. Aliados en la entereza y en la debilidad. Disminuí la marcha y reconocí en esos rostros exiliados, el mismo desafío y el mismo temor del que hacía pocos días había dejado la vida sobre mi cama. Había elegido la fuga a la resignación del motín.

Era yo ahora la que quería escaparse. Salir de ese pueblo habitado por quejas y sombras. Creí comprender la razón de la huída. Su dignidad, su entereza pero también su contradicción. Si se llegaba a ese límite, era la única salida. Sin embargo, me faltaba algo. Apenas calmada por esa deducción ya estaba alejándome de los amotinados, cuando un grupo de diez hombres, aparentemente recién llegados, ingresaban al pueblo montados en la parte trasera de una camioneta. Gracias a los vidrios polarizados, no pudieron verme aunque los ojos de uno de ellos se clavó en la ventana izquierda de mi auto y como si atravesara el vidrio, me descubrió. Saltó de la camioneta y empezó a hacerme señas para que me detuviera. Los demás siguieron su camino sin esperarlo.

Por pura curiosidad, frené y, sin bajarme, con cierto miedo, esperé a que se me acercara. Arañó con sus dos manos el vidrio y luego cayó, arrodillado.

-Estoy arrepentido-me gritó. -Abra la puerta. Deme un trago.

Cuando la abrí, ya tenía un revólver apuntándole al pecho y los ojos, esperándome. Sólo entonces entendí completamente el sentido de todo. De mi viaje, de su arrepentimiento, del deseo de morir del hombre al que había amado.

-Acá viven los que no pudieron profundizar sus cicatrices- me confirmó. -Los que erraron el tiro en el último segundo, los que esquivaron el cuchillo antes de que fuera demasiado tarde, los que no apretaron la soga lo suficiente. Los que

eligieron la vida quieta. Los sombríos, los perdedores, los cobardes.

Hizo el arma a un lado y extrajo del bolsillo un pequeño papel doblado y una pluma. Me arrodillé junto a él.

Dícteme -me suplicó. -Dícteme esas palabras que hubiese querido leer. Yo sé por qué está aquí.

Tomé su mano derecha, le coloqué una pluma y empecé a dictarle la que carta que nunca había existido para mí.

"Ningún chantaje a nadie" me oí decir como para aliviarme. Me demoré un segundo para buscar la próxima frase. Entonces escuché el tiro. Otro tiro ejecutado por otra mano derecha en otro corazón. La misma fuga. El mismo sin sentido de una vida cuando el amor la abandona. Su sangre salpicó el papel. Lo levanté del piso y lo guardé junto a mi corazón que se atrevía a seguir latiendo. Me subí al auto y manejé durante horas con el papel apretándome el pecho, sin poder decidirme : motín o fuga.

Desanduve el camino hacia mi propia frontera. Volví a su tumba y lloré todas las lagrimas viejas. No tenía nuevas. Enterré la carta ajena, la del arrepentido, y empecé a cavar un hoyo para perderme yo misma. "Si el amor no vuelve, mi vida se va". Ése fue mi epitafio. A mi memoria, regresaron, silenciosas, las lágrimas del bandoneón y los eructos rancios de la ginebra. No alcanzaron.

Decidí no contar con la posibilidad del regreso.



5

GIN TONIC

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

5

GIN TONIC

Acababa de apagar todos los teléfonos. No quería saber que no me llamaba. Prefería la duda, casi una certeza. El silencio, ese silencio donde él fingía encerrarse para manipularme, me dolía. Por esa razón yo elegía mi propio silencio fingido, un cálculo lacerante. Esta vez sabía que si pronto no me daba una señal, las palabras que le venía dedicando ya no podrían salir de mi boca. Nunca más. No tendría ni cómo empezar a hablarle porque qué habría para decir. Nada. Absolutamente nada.

Él urdía su castigo luego de cada una de nuestras discusiones y el silencio duraba según la gradación con la que calificaba los desencuentros que nos enfrentaban. En realidad, no eran más que intercambios de opiniones, puntos de vista sobre banalidades. Algo así:

-El restaurante que elegiste era una mierda.

-A mí me encantó la comida, la ambientación. Los mozos eran atentos.

-No, no, creeme, era una verdadera mierda.

O:

-Tenés que entrenar más. Perdimos el partido de tenis otra vez por tu culpa.

-Odio el tenis. Me gustan los deportes solitarios. Juego para acompañarte.

-Ah, me hacés el favor.

-Como quieras.

O

-No cambiaste las flores de la habitación. El agua está podrida.

-La chica se olvidó. Ahora lo hago.

-Tenés que estar más atenta.

-Bueno, no es para tanto. También podés cambiarla vos.

-Si el agua está podrida es mal karma.

-¿Karma? Desde cuando incluiste esa palabra en tu vocabulario.

O:

-Necesito un par de camisas blancas, de algodón puro.

-Conseguís unas muy buena en Ona.

-Te lo digo para que me las compres vos.

-Perdón, querido, no tengo tiempo.

-Para tus compras sí que tenés.
-Hace tiempo que no me compro nada.
¿Qué decís?
-Que me estás mintiendo.
O...

No hablábamos de otras cosas. Cualquier sugerencia mía que se diferenciase de la suya era vivida como parte de una gran conspiración. Una intensidad desproporcionada. Mi desobediencia indebida, mi indocilidad: su prepotencia.

Cuando nos conocimos, cinco años atrás, esos caprichos algo infantiles me divertían y, en ese entonces, hasta podía intentar una reconciliación en la que los dos, finalmente, terminábamos riéndonos, emborrachándonos con una jarra de gin tonic casero y luego haciendo el amor y hablando y hablando, hasta extenuarnos.

Con el paso del tiempo, sus berrinches empezaron a resultarme indiferentes y la inercia propia del silencio fraguado nos arrastraba a volver a hablar como si nada hubiese sucedido. Él ya había cambiado los gin tonic por jugos naturales exprimidos con sus propias manos. Yo no. Así, no se mencionaba el asunto de su largo silencio y cuando se le antojaba volver a hablarme no le hacía ningún cuestionamiento y respondía a sus palabras, muy serenamente. La cosa parecía que jamás hubiera perturbado nuestras vidas y francamente, en lo que hace a mí no las perturbaba. O eso creía.

Pero desde hace unos meses, yo empecé a sufrir por sus caprichos que ya no me parecían tan infantiles. A esa altura imaginaba una estrategia para humillarme. Quizá le conspirativa ahora era yo. De todos modos, no importa. Importa el dolor. Mucho dolor.

Fue así como comenzaron las preguntas resultado de un arrebato de indolencia que a él lo cebaba, quizá sintiéndose que, por fin, estaba dando en el blanco. En mi plexo solar.

Yo preguntaba, envalentonada por un par de gin tonics que me preparaba cerca de donde él exprimía sus jugos. Mis preguntas, debo reconocer, estaban cargadas de una frecuencia ebria e irritante que a veces me llevaba al balbuceo: *¿Por qué no decís nada? ¿Cuánto tiempo pensás que va a durar esta vez? ¿Cuál es el problema ahora? ¿Creés que podemos seguir así toda la vida?*

Me convertía, lo sé, en puro acoso. Y no sabía qué otra cosa hacer. Necesitaba ahora arrancarle una palabra. Por supuesto que era peor, su ensimismamiento parecía una dedicatoria.

Mis demandas cansinas lo enervaban y a su silencio le añadía otro y otro y otro más. Entonces también evitaba mirarme. Una nube de vacío me envolvía y su mirada ciega me dejaba calladamente triste. Luego, por la noche tarde, en la cama, me llegaba una caricia y empezaba la reconciliación. O algo así. Otra instancia muda. Los ritos cada vez más mecánicos y previsibles de nuestra rutina sexual.

Él, con los ojos cerrados, abría la boca, inmensa, y ahogaba su orgasmo. Yo fingía los míos, lo venía haciendo desde hacía tiempo y no me importaba. Reducía toda mi expresividad a unos sórdidos quejidos que apenas calmaban mi herida. Luego me levantaba y me bebía sola y rápido nuestra vieja jarra de gin tonic casero. A veces me preparaba otra, hasta quedarme *knockeada*, lista para dormir y olvidar.

Y al día siguiente volvía a hablarme, alardeando de su aburrida performance, como si ella le diese derecho, como si yo mereciese su perdón porque se había dignado a tocarme y yo se lo había permitido.

Esta vez la pelea había durado menos de un minuto y cuatro frases.

-No voy a poder tomarme vacaciones en enero. ¿Te parece mal cambiar de fecha?- le comenté.

-Y me lo decís recién ahora.

-Me enteré hoy. No pude avisarte antes.

-Lo das por hecho. Hací lo que quieras.

Él acababa de regresar de un largo viaje de trabajo y yo lo esperaba con ilusión. Una ilusión estúpida, inocente. No sé por qué, a pesar del hueco que se había instalado entre nosotros, yo lo seguía esperando. Como si un reencuentro permitiese un nuevo comienzo. Tenía una ansiedad juvenil por volver a verlo. También me preparaba para proponerle cambiar ligeramente nuestros planes para el verano. Una buena oportunidad de trabajo podría llegar a retrasarlos. Y el dinero nos venía bien a los dos.

Luego de nuestra breve conversación -que él convirtió en disputa- se encerró en el baño. Salió después de dos horas enfundado en el pijama que suele usar cuando está enfermo y que deja permanentemente colgado en el baño, debajo de su bata. Se acostó en nuestra cama, estirado en diagonal, ocupando todo el espacio.

Yo tomé una manta y me acurruqué en el sofá de la sala con una jarra de gin tonic, la tercera que me había preparado desde el encierro. Sin embargo, apenas pude dormir.

A la mañana, muy temprano, lo escuché moverse en la cocina. Me levanté para intentar compartir el desayuno pero él ya estaba saliendo, disparado.

Me tragué la cantinela de preguntas y él evitó mirarme. Cerró la puerta despacio y no se despidió. El castigo parecía prolongarse.

Durante la mañana intenté ubicarlo en su móvil pero filtraba mis llamadas.

Sobre el mediodía salí a caminar al parque, a dar vueltas mecánicas alrededor del lago. Me resultaba imposible concentrarme en mi trabajo. Si bien tenía que liquidar dos traducciones, las dejé morir en mi mesa, abrumada totalmente por las circunstancias. Luego de bordear el lago creo que unas cinco veces, me dirigí al shopping más cercano donde me compré un perfume al azar, el primero que la vendedora me ofreció. Desprendía un fuerte olor a almizcle que podía resultar perturbador. Lo encontré perfecto. Perturbar era lo que necesitaba.

Cuando regresé a casa, volví a conectar los teléfonos y me puse a recordar nuestra escena. La última que habíamos vivido con un diálogo.

La medida exagerada de su reproche y del castigo me indicaban que habíamos llegado a un punto del que seguramente ya no podríamos volver. No sabía exactamente cuál era ese lugar, pero no parecía un sitio acogedor.

Sobre las ocho, la hora que suele llegar a casa, me preparé un baño. Sin espuma, ni sales ni velas. Por una vez desmonté el escenario de revista femenina del relax e intenté simplemente distenderme. Eso sí, me llevé otra jarra.

Cuando me estaba secando, llegó. Vino directo hacia mí.

Miró con reprobación la jarra y sobre mi sólo clavó sus ojos ciegos, esos ojos y ese gesto que ya eran un clásico en nuestros últimos meses. Apoyó su portafolios sobre el inodoro y, por fin, habló.

-Para mí, febrero no estaría mal.

Ni bien terminó de decirlo, empezó a desnudarse y se metió en la bañera de mi agua usada, seguramente ya fría.

Febrero, marzo, nunca, me dije bajito. Todo me sonaba tan intrascendente como falso.

Terminé de secarme y salí del baño envuelta en un toallón. En la habitación comencé a vestirme. Elegí uno de mis vestidos favoritos, con el que siempre me siento irresistible y linda.

-Sí. Febrero me parece perfecto –le dije exquisitamente vestida desde la puerta entreabierta del baño.

No esperé a que me contestara. Me rocié todo el cuerpo con el perfume nuevo y salí en busca de un bar nuevo, uno que yo no conociera. Estaba harta de las jarras de gin tonic casero.

Me habían hablado del Flandres, un lugar con un buen bar tender, música atronadora y ambiente cálido y sencillo. Hacia allí me dirigí caminando. No estaba lejos de mi casa. Mientras caminaba, llamé a un viejo amante. No me contestó. Y luego llamé a otro aún más antiguo, tampoco contestó. Hice tres llamados similares con idénticos resultados. Silencio también del otro lado de la línea, de muchos otros lados.

Una vez en el bar pedí un gin tonic con Bombay Sapphire y mientras lo aguardaba, lo llamé a él. Me contestó al segundo ring: “Hola, mi amor”.

Le dije donde estaba y le conté que en el Flandres había unos jugos estupendos. Naturales y de frutas exóticas. Me sirvieron mi gin tonic de Bombay.

Hace media hora que lo llamé y todavía lo estoy esperando. Acabo de apagar el móvil. No quiero saber que no va a disculparse por no venir, no quiero saber que ni siquiera va a intentarlo. No podría ni siquiera tolerar una excusa improvisada, al descuido.

Pedí otra vuelta. Miré el teléfono y se lo regalé a un turista joven, creo que era alemán. Y sigo bebiendo.

Ahora, silencio.

Ahora yo quiero mi propio silencio. Necesito planificar muy bien cómo arrancarle la lengua mientras esté durmiendo.

Y entonces sí, silencio.



6

MALBEC

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

6

MALBEC

Los sábados a la mañana muy temprano mi mamá me preparaba el bolso antes de irse a la oficina a trabajar horas extras. Era un bolso demasiado grande para las cosas que, según ella, yo necesitaba para ir al club: la bikini verde con lunares blancos, el toallón marrón –uno viejo y bastante gastadito que ya habían descartado para usar en el baño y que además de toalla me servía de lona-; las hojotas que me habían regalado para reyes, el gorro de goma para el pelo –lo tenía largo, crespo y debajo de los hombros- y un pequeño neceser con un peine. A mí me hubiese gustado que agregara algún jabón, un champú y un bronceador, pero mi mamá me daba tanto miedo que no me animaba a pedírselo. Ella era una clase de mujer –por ese entonces tendría unos treinta y cinco y yo más o menos estaba por los ocho- que me pegaba un chirlo si me sentaba en la cama y le arrugaba la colcha. También era capaz

de dejarme marcados los cinco dedos de su mano derecha en alguna de mis piernas si, cuando íbamos a de compras al centro, me atrevía a hacer un pedido fuera de lugar: una crush en botella chiquita o un chocolate *jack*, porque me gustaba coleccionar los animalitos que venían escondidos en el chocolate. Muchas veces cuando me encontraba jugando en el patio con la muñeca cara, la que hablaba al tirarle de una cuerda ubicada cerca del cuello, me amenazaba con internarme pupila en un colegio si consideraba demasiado fuerte la tirada de la cuerda.

Por eso no me quejaba por lo del bolso.

-Malcriada –me decía y me miraba con sus ojos verdes cargados de una furia que llenaban de lágrimas los míos.

Al club iba con mi papá que los sábados cerraba el negocio de repuestos de autos que había comprado hacia dos años, a pesar de que mi mamá le insistía para que lo abriera. No andábamos muy bien de dinero. De modo que ella iba a trabajar y él me llevaba al club. En realidad no tenía más remedio que llevarme porque no me podían dejar sola en casa. Lo que a él le verdaderamente le gustaba no era llevarme a mí sino jugar a las bochas con sus amigos y comer asado. Le encantaban las mollejas y se hacía preparar por mi mamá –que se ocupaba del asunto después de preparar la cena y lavar los platos mientras él fumaba sentado a la mesa un cigarrillo negro y sin filtro- un chimichurri con mucho orégano. El chimichurri de mi mamá era

su orgullo. Lo guardaba en unas botellitas de vidrio de jarabe para la tos a las que le quitaba la etiqueta y a las que limpiaba cuidadosamente con alcohol. Eso le gustaba a él: pavonearse con el chimichurri y fanfarronear con los amigos, cuyas mujeres, a diferencia de mi madre, se sentían liberadas cuando el sábado sus maridos partían al club a jugar a las bochas.

Así, más o menos a las diez de la mañana, cada sábado nos tomábamos un colectivo que pasaba a cinco cuadras del departamento en el que vivíamos por aquel entonces, en Lerma y Córdoba, en los bordes de Villa Crespo. Mi mamá ya se había tomado su colectivo a las siete y media para ir a hacer las horas extras y por supuesto ya me había preparado el bolso y también me había dejado organizado sobre la silla de mi cuarto un conjuntito de ropa que debía ponerme ese día. Siempre me parecía que los colores no combinaban bien y que el equipito carecía de gracia. Pero la cosa era que ni mi papá ni yo llegábamos a despedirla. Todavía dormíamos y ella, esos días, se comportaba como una mujer mansa y no se atrevía a despertarnos. Era el día especial en el que, a la vuelta del trabajo, me traía el único chocolate Jack de la semana y así, a su antojo, fui armando mi colección de animalitos de plástico. En cuanto a nuestro colectivo, nos dejaba a unas diez cuadras del club, metros y metros que transitábamos con atropello ya que para llegar al club, además, había que tomar una lancha.

El club quedaba en el Tigre y pertenecía a la obra social del trabajo de mi mamá, un banco en el que ella asistía a uno de los gerentes, nunca supe bien a qué se dedicaba exactamente y eso que ella se pasaba prácticamente todos los días allí, de lunes a sábado de ocho a siete y después casi no la veía porque iba a visitar a su mamá y llegaba justo para hacer la cena, lavar los platos, hacer el chimichurri y meterme en la cama.

El club Regatas El Trébol me hacía parecer una nena poderosa. Los jardines inmensos que daban al río Luján, los largos caminos arbolados, la lancha que nos cruzaba de una orilla a la otra, las amplias escalinatas de mármol, las canchas de tenis que nunca pisé, los botes a los que jamás me subí y la gente que concurría, tan distinta a la que acostumbraba a ver, tan lejana y, a mi mirada de nena, inalcanzablemente espléndida -por sus ropas, sus modales y su elegancia- me hacían resistir el aislamiento que me imponían esos paseos al club donde no tenía amigos, no me relacionaba con nadie y me sentaba sola en un banco mientras mi padre y sus amigos jugaban a las bochas, un juego que, por lo demás, nunca entendí bien. No me quedaba claro cuando se perdía o cuándo se ganaba. Y lo más notable es que no le encontraba ninguna gracia. Pero por estar en ese mundo de ensueño yo toleraba pagar el precio tanto de la soledad como de la incomprensión.

A la hora de hacer el asado, mi papá y sus amigos le pasaban la cancha a otra banda de hombres y ellos se dirigían a las parrillas del fondo, una de la cuales siempre era reservada por el primero de la banda que llegaba al club, rara vez esa persona era mi padre.

La banda de mi padre se sentaba a la mesa y mientras se entretenían con las achuras –chorizos, morcillas y mollejas-, esperaban con ansiedad el asado de tira y algunas veces, algún pedazo de lomo. Lo que nunca faltaba eran un par de damajuanas de vino tinto, de cinco litros cada una. En vasitos de plástico bebían su contenido y muchas veces se quedaban con ganas de más. Llevaban la borrachera con dignidad, lo peor que podía ocurrir era que se trenzaran en una discusión a los gritos por alguna cuestión política. Nunca llegaban a las manos, nadie vomitaba, ni se ponía excesivamente agresivo.

Yo me comía medio chorizo y me quedaba sentada al lado de mi papá escuchando lo que conversaban o se gritaban. Era entretenido, pero cuando a veces cuando gritaban durante mucho tiempo, sentía vergüenza y me quedaba como entumecida sentada en mi lugar, preguntándome qué pensaría toda esa gente espléndida de los griteríos bochornosos.

Un sábado mi papá no pudo jugar a las bochas. Ninguno de sus amigos concurrió al club. Mi papá se quedó muy desconcertado y trató de sumarse a otras bandas de hombres que jugaban pero no hubo caso. Eran grupos muy cerrados y no lo admitieron.

Entonces, resignado, se dirigió a al parrilla del fondo y se puso a preparar lentamente el asado. Yo lo seguí. Esta vez sólo preparó asado de tira y separó una de las damajuanas. Yo acompañaba todos sus movimientos y él se sintió fastidiado por lo que me apartó con un empujón que me hizo trastabillar y por el que casi me caí al piso. Como me di cuenta que lo molestaba mi compañía me senté a la mesa que habíamos elegido ese día y esperé sentada hasta que me sirvió mi ración de asado de tira. Comimos en silencio. Mi papá tomó una de las damajuanas y comenzó a servirse vino tinto en su vasito de plástico. Se sirvió como media damajuana y luego cayó rendido, inclinado contra la mesa, como si estuviese muerto. Al principio me asusté pero el susto me duró unos minutos: cuando empezó a roncar suavemente me di cuenta de que había sido el vino lo que lo había puesto en ese estado de inconciencia.

No me animaba a sacudirlo, ni siquiera a llamarlo para que se despertara. Siempre me daban miedo las reacciones que podían tener mis padres ante algún pedido mío.

De modo que durmió durante dos horas, desplomado sobre la mesa mientras yo lo contemplaba con más vergüenza que la que me producían los gritos que a veces se daban entre sus amigos. Dos horas petrificada en el asiento, viendo cómo los socios espléndidos del club pasaban cerca nuestro y murmuraban alguna cosa que yo imaginaba que tenía que ver con mi papá tirado sobre la mesa.

Cuando se despertó me agarró del brazo. Me hizo poner la ropa arriba de la malla y no me dejó calzarme los zapatos. Ese día me fui con las hojotas y traqueteé con bastante dificultad las cuadras hasta el colectivo que nos dejaba en casa. Las hojotas eran incómodas para caminar trechos largos.

Llegamos como cada sábado sobre las siete de la tarde. Mi mamá ese día había llegado más temprano y estaba planchando la ropa que había lavado durante la semana.

Se saludaron con mi papá con un beso rápido en la mejilla y mi papá se dirigió directo al baño. Desde detrás de la puerta escuché sus arcadas.

Mi mamá siguió planchando e hizo como si no escuchara pero me di cuenta que estaba atenta a cada sonido que provenía de donde estaba mi padre. En la cuarta o quinta arcada fue cuando me miró.

-¿Y el bolso? –me preguntó.

Aterrorizada, me di cuenta que me lo había olvidado al lado de la mesa donde mi papá se había tomado la damajuana y luego desplomado en esa siesta que me humilló como nada hasta entonces lo había hecho en mi vida.

Intenté balbucear una respuesta, explicarle lo que había pasado, el vino, la dormilona, la salida rápida, pero mi mamá ya estaba cargando la mano derecha sobre mis piernas.

-Desagradecida. Ese bolso me costó dos sábados de horas extras.

Bajé la cabeza y apreté fuerte los labios para aguantar los golpes. Mi papá salio del baño justo cuando mi mamá estaba dándome el último.

-Si te pegan, pegá más fuerte –me ordenó.

Sin pensarlo le obedecí y le pegué a mi mamá una cachetada con toda la fuerza que pude juntar. Le dejé la mejilla roja, tan roja como estaban mis piernas.

Mi mamá retrocedió, no sé si sorprendida o atontada. Mi papá se cruzó una mirada con mi madre y salió a la calle.

Mi mamá siguió planchando y de vez en cuando se tocaba la mejilla, parecía dolorida. Ese día mi papá volvió a casa muy tarde.

Nunca más volvimos al club. Mi papá dejó de jugar a las bochas y empezó a abrir el negocio los sábados. Mi mamá siguió con las horas extras, pero ahora hacía medio turno.

En cuanto a mí, apenas mi mamá cobró su primer sueldo luego del episodio de la cachetada, recibí de regalo un bolso idéntico al que había perdido.

Esa misma noche lo deposité en la basura. Con envoltorio y todo.



7

MOJITO

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

7

MOJITO

Había sido una tarde cargada de furia. Era jueves, me parece. Había tratado de desahogarme en vano llamando a todas las líneas gratuitas de prestadores de servicios -teléfonos, luz, subtes, supermercados, librerías, farmacias, kioscos, florerías, etcétera, etcétera- para presentarles algún tipo de queja, no importaba cuál, dado que yo sólo necesitaba sacarme de encima la rabia que me estaba carcomiendo. La llamada no me costaba dinero, los servicios siempre tenían algún fallo y después de todo para eso estaba esa gente, para escuchar los reclamos de cualquier integrante de la comunidad. O al menos para hacer como si.

Hacia once meses que estaba desocupada - soy técnica óptica recibida en la universidad estatal- y desde entonces no entraba a mi cuenta bancaria ni un sólo peso nuevo-. Más bien salían con una velocidad alarmante discretos fajos de billetes, los pocos que había conseguido ahorrar con sacrificio en mis últimos años de trabajo en distintas ópticas de la ciudad. Incluso durante los últimos meses había aceptado un trabajo en Monte Grande, un pueblo cerca del aeropuerto, un territorio que me sonaba a ruindad y olvido y del que, hasta entonces, sólo sabía que albergaba un museo que contenía el primer alambre de púa del país. Con todo, había ido a trabajar cada día en un tren rápido que me tomaba en Constitución y que luego de cincuenta minutos de viaje me dejaba a trece cuadras de mi trabajo. Aunque últimamente el asunto del tren se había puesto complicado: cancelaban viajes, salían a destiempo, nos transportaban como a bestias y tuve que optar por unas combis que se llevaban el veinticinco por ciento de mi salario.

A pesar de mis esfuerzos, de todos modos me despidieron. No fue a causa de alguna torpeza mía, sino más bien la razón fue la miseria de ellos, esos recortes de personal que hacen para ahorrarse unos pocos cientos. Me dejaron en la calle sin el último ingreso y sin ningún tipo de recompensa por el daño. Nunca habían blanqueado mi sueldo y lo cobraba a través de facturas que se llevaban consigo todos mis derechos y, sobre todo, cualquier posibilidad de reclamo. Arruinarle la vida a la gente era algo que en los últimos tiempos se había convertido en un acción amparada por la ley.

Por todo esto, una furia incontrolable se estaba apoderando de mí y me hacía llamar a esa sinfonía espartana de números de teléfono, mientras ganaba terreno en mi cabeza una idea tan sensata como desesperante. A pesar de mis treinta y pocos años nunca más iba a volver a trabajar y no se me ocurría qué otra cosa hacer con mi vida para hacer frente a mis gastos mínimos. No hablo de lujos: hablo de un lugar donde dormir y comer más o menos seguido.

Me estaba quedando afuera del mundo. "Afuera" fue siempre una palabra que me había aterrorizado y yo estaba siendo empujada hacia ese sitio temido. El cable telefónico se había convertido en el único cordón con el planeta.

Curiosamente, entre llamado y llamado, entre una queja y otra, se coló otro tipo de comunicación. Se trataba del llamado de una vieja amiga que también se quejaba: acababan de detectarle un cáncer en el pulmón izquierdo y todo lo demás -me decía- carecía de sentido. Le habían anunciado pocos y fulminantes breves meses de vida. "No te quejes, estás sana", intentaba consolarme mientras intercambiamos con espíritu competitivo nuestros grados de desgracia. Su idea de quedarse afuera tomaba otras dimensiones. Su afuera era brutal, el último límite, la última frontera. Por un momento me olvidé de mi preocupación pero apenas corté con ella, encaré nuevamente hacia las llamadas que me ocupaban y el mismo sentimiento de rabia desesperada volvió a poseerme.

Mi desesperación se agotó cuando mi oreja escuchó explicaciones similares voceadas en un tono tan amable como exasperante en cada número al que llamaba. Esas voces, de algún modo, me adormecieron. Mi furia se desvaneció y mi cuerpo fue tomado por una suerte de letanía mezclada con tedio por no poder llevar mi imaginación más allá de usar los oídos de esos empleados telefónicos, vestidos de amianto y estratégicamente entrenados para escuchar cualquier tipo de insulto. Decían "nosotros" y "la compañía" y se involucraban tanto que su explicaciones resultaban extenuantes. ¿Empezaba a resignarme? No. Simplemente estaba agotada pero era lo único que podía hacer para sentirme "adentro", algo así como viva.

Se notaba el artilugio que empleaban los que estaban del otro lado de la línea como una muralla protectora de la empresa que los empleaba y que ellos, a su vez, se situaban más allá de todo bien y de todo mal. Estaban haciendo un trabajo, seguramente era el único que habían conseguido porque nadie puede tener vocación de atender el teléfono para escuchar quejas sobre asuntos que no provoca. Era la consecuencia absurda de una aberrante cadena de trabajo. A pesar de mi repulsión, tuve la única buena idea de la tarde. Yo podía hacerlo mejor. Escuchar las quejas y desvanecerlas, reducirlas a inoportunos llamados de un usuario obsesivo. Podría ponerle vena, pasión y coraje. Un cóctel que a ese ejército de telefonistas le faltaba. Al menos a los que me habían atendido ese día.

Hice mi último llamado, recuerdo que fue a la línea gratuita de un hipermercado de insumos de computación, y luego de presentar algunas débiles quejas, como para tantear el terreno, traté de que la voz falsamente amigable que me estaba atendiendo -era la de un varón, una voz jaspeada y joven- me dijera cómo había hecho para conseguir un trabajo como ése. Empecé a trabajar a la par de esa voz sin que ella lo notara y lo fui convenciendo para que me soltara algunos detalles imprescindibles. Al rato, hablábamos en un tono caliente e íntimo, otro rato después ya habíamos quedado en tomarnos un trago. La cita iba a ser en un bar donde después de las siete de la tarde sirven dos copas al precio de una.

-A las siete, entonces.

-Perfecto, encantada. -le contesté-. Tengo un lunar entre las cejas. Me vas a reconocer enseguida -agregué.

Ante la perspectiva del encuentro, la furia cedió. Empecé a tener preocupaciones más banales: ropa, maquillaje, perfumes, qué tipo de condón cargar en la cartera. A esa altura comenzaba a resultarme evidente, no sin una pizca de vergüenza, que lo que más me inquietaba, a pesar de todo, no era conseguir trabajo, sino un hombre que me salvara de no encontrarlo.

-Hola. Soy Salvador.

-¿Cómo te va?- me acerqué y le extendí la mano. Ni loca iba a besar su cara granujienta. Ya podía meterme en el baño a tirar los condones por el inodoro o dejarlos sobre el lavabo como una donación anónima para una mujer más afortunada. Para lo único que podía servirme el látex era para atajar las posibles pústulas emergentes de algunos de sus granos vigorosos.

Por cordialidad me tomé los dos rigurosos mojitos que incluía el happy hour y me preparé para irme lo más pronto posible. Otra vez volvía a instalarse en mí la incertidumbre que había rumiado toda la tarde. Volvía a estar furiosa y ahora la furia se volvía hacia mí. Había actuado como una estúpida.

-Un mojito, por favor- dijo una voz a mi espalda.

-Hola, Salvador- continuó diciendo mientras saludaba al tipo de los granos y entonces pude verlo.

Los rasgos gatunos de su cara me sedujeron de inmediato, igual que sus manos, bien terminadas en una uñas pulidas y recortadas con esmero.

Salvador quedó inmediatamente en el pasado y me dediqué a seducir al recién llegado que resultó ser el coordinador del servicio de atención al cliente de un nuevo laboratorio médico, especializado en sacar drogas de avanzada a precios populares.

El tipo parecía tenía poca experiencia con el alcohol o no le gustaba tomar o se estaba cuidando. No lo supe y no me importó. Sólo se que me costó convencerlo de que tomase su segundo trago. Luego se relajó y siguió pidiendo, fue así como logré emborracharlo en el cuarto mojito y allí mismo le saqué la promesa de incluirme de inmediato en su vigoroso equipo de rescate al consumidor. Luego conseguí que siguiera bebiendo hasta el vómito y me ocupé de ser yo la que le sostuviera la frente en cada uno de sus espasmos frente al inodoro. Logré avergonzarlo y su vergüenza fue mi arma para el chantaje.

Cuando a la mañana siguiente me presenté en el laboratorio, el hombre no pudo negarse a nada y me dio el trabajo. Fue tranquilizador. Estaba otra vez adentro. "Adentro" era una palabra que siempre me traía alivio.

Aunque el salario era el básico, era mejor que nada. Sin dudas, mejor que estar afuera.

A la semana de atender quejas de poca envergadura, recibí un llamado que me dejó temblando. Reconocí la voz de mi vieja amiga, la del pulmón fallado.

-Me muero de dolor. Sus pastillas son una mierda.- gritó y cortó.

El teléfono se me cayó al piso y se rompió como si fuese de cristal fino y no un objeto de plástico como realmente era. Traté inútilmente de juntar los pedazos con esa voz retumbándome, repitiendo esa frase inolvidable de unas pocas palabras quebradas. Mientras trataba de

recomponer el aparato, me llamó el coordinador, el de los mojitos y la vergüenza. No aceptó ninguna explicación. Se cobró vergüenza por vergüenza y me despidió.

Me volví a quedar afuera, en este desierto donde estoy, donde no hay espejismos, sólo la respiración entrecortada que sale de mi boca abierta mientras me dispongo a apretar el gatillo de un pequeño revólver robado.

Mi amiga, hace un par de horas, ha muerto.
¡Pum y afuera! Yo también, junto con ella.



8

SCOTCH IN THE AIR

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalè

8

SCOTCH IN THE AIR

No supe el nombre ni lo iba a saber. El infierno lo quema todo. Aquello ocurrió en un viaje casi histórico, cuando todavía se podía fumar arriba de los aviones. Él llevaba una camiseta anaranjada y olía a sudor viejo, a whisky y a cigarrillo negro. Una mezcla inquietante o al menos atendible si se hubiese tratado de un tipo acodado en la barra de un bar de tragos. Pero no lo era.

Él iba a convertirse en mi compañero de viaje durante doce horas en un vuelo sin escalas desde Buenos Aires a Madrid.

Yo ocupaba el asiento del pasillo, obtenido en una transa de último momento con la expendedora de asientos del aeropuerto Pistarini. Hubiese preferido cruzar el océano entre quienes descartaban el cigarrillo como una alternativa de vida. Pero me pareció una mejor opción un pasillo fumador que un asiento central, rodeada de sanos, pero rodeada y, sobre todo, apretujada.

Cuando me monté al avión nada me hacía pensar en su aparición. Creí que yo había sido uno de los últimos pasajeros en subir y cuando llegué a mi asiento me encontré con que, del lado de la ventanilla, una boliviana con residencia en Zürich mostraba la misma miserable ansiedad que yo para que el asiento que nos dividía continuase vacío.

-Si no se sienta nadie, podemos turnarnos para estirar las piernas- me propuso.

-Por supuesto, pero antes de dormir podemos apoyar los bolsos. Me cansa tener que abrir el *locker* cada vez que necesito algo.

-Yo ya necesito abrirlo. Me olvidé el libro -recordó la boliviana mientras se levantaba y me obligaba a moverme para despejarle el paso.

Siempre pensé que un autobús preferencial es más cómodo que un avión en clase turista. Esos forcejeos incómodos me lo recordaban cada vez que viajaba, mientras pensaba si alguna vez en la vida iba a tener el dinero suficiente como para comprarme un boleto en primera clase o al menos en *business*.

En estos devaneos frívolos me encontraba mientras la boliviana sacaba su libro, cuando llegó él con su olor mezclado y su camiseta anaranjada. Tuvo que pasar por encima de mí y lo miré mal. Aunque hubiese olido a jazmines, de todos modos me hubiese molestado. Cualquiera que se hubiese sentado allí -hombre, mujer o niño- habría contado con mi desprecio. La sola idea de su existencia me fastidiaba y, estoy segura, a él -hediondo y sucio- no se le escapó mi fastidio. La boliviana volvió a sentarse y todos tuvimos que pararnos. Ella y yo cruzamos una mirada cómplice. El intruso había desplumado nuestros sueños miserables de comodidad barata.

A los pocos minutos de su llegada, se anunció el despegue y cada uno se ató al asiento con el cinturón de seguridad.

-Perdón, me parece que tomó parte de mi cinturón -le gruñí a él, sintiendo que eso ya, para empezar, era el colmo de la torpeza.

-*Je m' excuse* -me respondió, seco y sin sonreírme, delatando que era francés. Inmediatamente remedió su error y me dio la parte de la cinta que me correspondía mientras levantaba su culo chato para buscar la suya que, luego de tantear a ciegas en el asiento, por fin encontró.

Bastó esa confusión para que se encendiese aún más mi fobia y mi intolerancia y como una perfecta masoquista no pude evitar estar todo el viaje pendiente de sus movimientos. Aunque más no fuese para corroborar que tenía razón en mi desprecio probablemente desmedido.

Me calcé los auriculares que entregaba la línea aérea para escuchar música o seguir las películas proyectadas en una pantalla minúscula. Los clavé en un canal donde sólo pasaban clásicos de todos los tiempos. Recién cuando me sentí acomodada, completamente apoltronada en mi asiento barato, lo empecé a espiar. En el canal musical sonaba una de Sinatra, *The lady is a trump*.

Él encendía, prácticamente, un cigarrillo tras otro. Quizá haya sido en su quinto cigarrillo cuando sacó del bolsillo interno de su saco un pequeño libro. Se trataba de una novela negra, cuyo nombre exacto no recuerdo pero que me pareció italiana por el apellido del autor, un tal Malmetti, creo.

Cuando sirvieron la cena la devoró con poca delicadeza, masticando con un ruido sordo y limpiándose la boca con el revés de la manga de su camiseta y no con la servilleta. No tomaba agua ni vino. Había pedido una botellita de whisky.

-Black label- le ordenó a la azafata.

Todos sus gestos probablemente resultaban exagerados por mi intolerancia y así fue como tuve que reprimirme para no chasquear la lengua, ese horrible sonido que hacen quienes no soportan una situación, cuando terminó su cena y le pidió a la azafata otra botellita de whisky “con un vaso de hielo, por favor” y un escarbadiantes.

Los escarbadiantes siempre me dieron mucho asco, de modo que apenas se puso uno en la boca me levanté automáticamente y me encerré en el baño más cercano que, por suerte, estaba libre. No quería volver a mi asiento. Dado que me demoraba más de lo habitual, una azafata -ante la queja de varios pasajeros que hacían fila- vino en mi rescate. No tuve más remedio que salir ante la mirada suspicaz de los de la cola. La azafata me confirmó que el avión volaba con su capacidad colmada y que no había ningún otro asiento disponible. Como habían empezado unas suaves turbulencias, tampoco me pude quedar de pie.

Al volver a mi asiento, ya habían retirado las bandejas y acababan de apagar las luces generales. Él tenía su libro en la mano, el vasito de plástico con restos de whisky y hielo, y su luz personal encendida. Aunque su luz invadía mi asiento y el de la boliviana, yo no tenía derecho a quejarme, para eso estaban esas luces, para que cada pasajero las usase sin molestar a los demás, aunque eso en la práctica jamás ocurriese.

Me senté mirando ostensiblemente malhumorada primero a la luz y luego a él e intenté dormir. Me puse de costado, con la cara hacia el pasillo y dándole la espalda. Acurrucada en mi asiento, me tapé toda la cara con la manta roñosa de la aerolínea, en señal de clara protesta. A la luz que igual se filtraba se sumó el rasgido monótono de las hojas de su libro y su garganta tragando el whisky. Ambos sonidos me impidieron conciliar el sueño mucho más que las turbulencias que sacudían el avión.

En algún momento impreciso, por fin logré dormir y tuve un sueño con él. Algo absurdo. Teníamos sexo mal, como a la fuerza, por su fuerza, en el baño, mientras él bañaba mi cuerpo con el whisky que descartaba de varias botellitas. El baño era el mismo donde me había escondido un poco antes. Yo me encontraba arrinconada contra la puerta y cuando él acababa me acariciaba con ternura la cabeza y lamía el whisky de mis pechos. Yo quedaba embarazada y cuando salíamos del baño ya cargaba una panza como de seis meses. Regresábamos a nuestros asientos donde lo despreciaba todavía más, sobretodo porque mi nuevo estado me hacía sentir aún más incómoda. Violada, inflada, arrinconada. El me tomaba de la mano y me miraba con ternura, sonriendo con su boca de labios finos que emanaba un tibio hedor de whisky a la vez que se veía adornada por el escarbadietes. No puedo afirmar ahora si fue la visión violenta del escarbadietes junto a la idea del olor ácido de su boca o la voz de la azafata lo que me despertó.

-Quienes no tengan ajustados sus cinturones, por favor háganlo.

Abrí los ojos, asustada, preguntándome qué significaba todo eso. El avión realmente temblaba y hacía que todos nos sacudiésemos.

Lo busqué con la mirada. Tenía el cinturón ajustado y parecía tranquilo, lejos de los avatares de mi sueño-pesadilla. La boliviana vomitaba en las bolsitas adosadas para esos fines. El resto del pasaje se movía con nerviosismo.

-Pongan la cabeza entre sus piernas y protéjanlas con las almohadas -continuó la azafata- Vamos a intentar un aterrizaje de emergencia.

Hubo un segundo de silencio y enseguida el avión se llenó de sonidos aturdidos, causados por la incertidumbre de todos los pasajeros.

Ahora era el piloto el que hablaba:

-Traten de mantener la calma, por favor. Buena suerte.

Me encontré llorando como una nena, mientras torpemente trataba de obedecer las instrucciones. La cabeza, la almohada y la calma, todo eso no evitaba que notase cómo el avión quedaba fuera de control.

¿Aterrizaje forzoso? ¿En el medio del océano? ¿O acaso lo harían en una isla de por ahí? No me atreví a preguntarle a nadie. No hay finales felices para estas historias.

-No tengas miedo- me dijo él en un español con marcado acento, como si hubiese leído mi pensamiento aterrado.

Y no tuve miedo. Quizá haya sido por la suavidad de sus palabras o por la inesperada tibieza de su abrazo.

El avión cayó indefectiblemente. Se estrelló o se hundió en el océano. ¿Quién sabe? Ahora recuerdo todo desde un sitio que arde donde a él no lo encuentro. ¿Estoy adentro de un colapso cerebral, de una trombosis múltiple, de una tumba? Es igual. Extraño su olor mezclado, el rasgido de su libro, su frase final, exacta y suave, tirada como un remanso sabio y preciso. Necesito la fuerza de esos brazos nuevos que prometían salvación y no tuvieron tiempo de nada. Me hace falta tanto ese olor ácido que ahora sé que me había rodeado para distraerme del miedo.

Pero más que todo lamento las horas anteriores, el tiempo inútil que desperdicié odiándolo, cuando ni siquiera pude preguntarle cómo se llamaba. Y ya no podré saberlo, el ardor me lleva.

Obedezco.



9

BLOODY MARY

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

9

BLOODY MARY

Nos encontrábamos todos los viernes a las siete de la tarde en un happy hour del bajo, en la calle San Martín. Nos habíamos cruzado hacía algo menos de un año mientras cada uno compraba CDs en la Zival's de Callao y Corrientes. Nos conocíamos de la facultad donde habíamos cursado juntos los tres últimos años de Sociología, de eso hacía algo más de diez años.

Nunca más nos volvimos a ver hasta el día de la disquería. Nos saludamos como si el tiempo no hubiese pasado, una cómoda familiaridad se instaló inmediatamente entre nosotros y volvimos a sentirnos tan cómplices como cuando éramos estudiantes. A diferencia de la mayoría de los hombres que conozco, el paso del tiempo no le había sumado kilos ni quitado pelo. Los dos acabábamos de separarnos: él hacía cuatro meses de su novia de toda la vida y yo seis del último hombre del que me había enamorado. El día del encuentro caminamos Corrientes abajo hablando sin parar, tratando de acortar el tiempo en que habíamos dejado de vernos ya ni recordábamos por qué, ansiosos por contarnos qué había sido de nuestras vidas. Fue así como llegamos al bar de la calle San Martín, donde esa vez sólo nos sentamos a tomar un café tras otro. Al despedirnos quedamos en encontrarnos al viernes siguiente con el firme propósito de aprovechar el happy hour y fue de ese modo casual como sellamos el rito de nuestros encuentros semanales.

Nuestras citas consistían en reuniones nostálgicas, carentes de intenciones tanto eróticas como amorosas. Nos juntábamos a beber. Los dos nos sentíamos unos pobres desgraciados que esperaban con ansiedad esas tardecitas de los viernes para, por turnos, compadecernos y regodearnos en nuestra miseria, las rupturas amorosas. Creo que nos encantaba hundirnos en la queja de nuestras desventuras, lamentarnos como si ese relato

repetido una y otra vez constituyese el verdadero y único motor de nuestras vidas. El otro era una excusa para escuchar nuestra voz expresando incansablemente idénticas palabras, idénticas justificaciones; el otro era mejor que hablar solo por la calle o hacerlo frente al espejo. El otro no importaba. No nos hacíamos preguntas, nadie se animaba a sugerir una crítica o a introducir cuestionamientos o alguna responsabilidad frente a lo sucedido. Dábamos por descontado que sólo éramos víctimas de un destino caprichoso que se había ensañado con nosotros y que dos de sus emisarios se nos habían cruzado para arruinarnos la vida.

Por lo general bebíamos dos rondas del happy hour y nos complacía la idea de ir degustando distintos tragos. Ninguno de los dos, antes de los respectivos divorcios solía beber más que algún vino de mediano precio, por lo que nuestros encuentros eran un desquite alcohólico con el que intentábamos aplacar nuestra tristeza. Casi infaliblemente sobre la segunda vuelta del happy hour, él me contaba con minuciosidad, casi como si lo volviese a vivir ese momento, la tarde en que regresó a su casa y la encontró desprovista de todos los electrodomésticos, desde el traqueteado microondas que les regalaron cuando se casaron hasta el flamante plasma que todavía estaba pagando en cuotas. Sobre la mesa del living, encontró una nota escrita en un resumen reciente de la cuenta bancaria común que detentaba un rojo ostentoso, una flagrante dedicatoria que sumaba al inesperado abandono.

En el dorso del papel se leía con signos de admiración que él había traducido como una orden, que no la buscara, que ni se le ocurriese, que en ese mismo momento ella estaría lejos, muy lejos, imaginando su cara, riéndose y maldiciéndolo. “La turra me limpió”, casi gritaba a esa altura del relato y agregaba -en ese punto, ya estaba quebrado, sollozando- que ese día se jugaba la final de la Copa Libertadores y que, por el inesperado abandono y sobre todo por la falta del plasma, tuvo que verla en un bar lleno de humo -todavía se podía fumar en los bares- y nunca jamás se olvidaba de agregar cuánto odiaba el cigarrillo. La historia que me repetía cada vez, siempre con el mismo dramatismo, tomaba el tiempo del cuarto trago por lo que yo recién, cuando nos despedíamos, rozando en un beso falso nuestras mejillas, lograba introducir mi parte, decirle -más bien repetirle- que cuando me quebró por tercera vez la muñeca izquierda, tuve el coraje de dejarlo. Entonces él, me tomaba la mano, la de la muñeca tres veces rota, y me la besaba como un caballero. Luego cada uno se subía a su auto y comenzaba a descontar los días hasta el próximo happy hour.

Pero nuestras coincidencias no terminaron con los abandonos casi simultáneos. Con diferencia de cuatro días los dos perdimos nuestros empleos: él en una consultora en la que venía trabajando desde hacía más de diez años y yo en el departamento de recursos humanos de un laboratorio que, entre otros muchos productos, había sido pionero en la fabricación

del champú de mango. A pesar de que a nuestra edad, ya casi llegábamos a los 40, perder el trabajo no era una buena noticia no abandonamos el rito de los happy hour. Sólo que dejamos de ir al bar del bajo de la calle San Martín y comenzamos a organizar los encuentros en nuestras casas. Íbamos alternando, un viernes su casa; otro, la mía. La idea fue de él. “Para ahorrar”, me propuso, y como no me pareció descabellado, acepté casi de inmediato.

Ese tarde tocaba en mi casa. No era un día cualquiera. Celebrábamos seis meses de los encuentros de los viernes y para la ocasión había decidido preparar unos bloody mary, el trago que selló el rito de nuestros encuentros.

Busqué la receta en Internet y me aseguré de que fuese la correcta: vodka, jugo de tomate bien frío, un chorrito de jugo limón, otro de salsa Worcestershire, gotas de tabasco, una pizca de sal y otra de pimienta cayena. Mientras indagaba sobre cómo prepararlo confirmé el origen del nombre. Se llamaba así por María Tudor, hija de Enrique VIII, y la sangrienta persecución que emprendió en Inglaterra contra todo quien no fuese protestante. También encontré versiones diferentes y escalofriantes que relacionaban el nombre del trago con leyendas diabólicas, cargadas de terror y muerte, leyendas que aconsejaban, entre otras cosas, no pronunciar “bloody mary” frente a un espejo ya que su simple mención convocaba al diablo. Me pareció ridículo. Sin embargo, para evitar algún contratiempo sobrenatural, a último momento

decidí preparar la versión latina del trago: el bloody María que en vez de vodka llevaba tequila y no parecía sufrir ninguna maldición. No tenía tequila entre mis reservas de alcohol por lo que, con los segundos que corrían veloces hacia la hora de la cita, tuve que salir a comprarlo. No fue sencillo encontrar una botella de Los Valientes –me tomó recorrer tres licorerías hasta encontrarlo en una a cuarenta minutos de auto de mi casa- por lo que llegué con el tiempo justo para preparar los tragos. Vertí las medidas justas de tequila en la coctelera, eché el tabasco, el limón y las gotas de salsa, agregué la sal y cuando me disponía a dar el último toque con unas pizcas de pimienta, se me resbaló el frasco que se estrelló contra el piso en el mismo momento en que él tocaba el timbre. Traté de mantener la calma. Respiré hondo, me dije que lo resolvería muy rápidamente y bajé a abrirle. Lo hice subir a mi departamento –del que había dejado la puerta entornada-, prometiéndole que volvería en menos de cinco minutos. Sin darle explicaciones –que por otra parte no me pidió- lo dejé en el ascensor mientras corría al chino de la vuelta para comprar pimienta, cualquier pimienta.

A los cuatro minutos ya estaba de regreso. El estaba husmeando entre mis libros, nos sonreímos sin decir nada y yo me dirigí a la cocina a terminar la preparación y a disponer la bandeja con las vasos especiales que el día antes había comprado para la ocasión. Mientras hacía todo esto, desde el living comenzaron a llegarme voces perturbaras que no lograba distinguir a quién pertenecían. Por un segundo pensé en la maldición diabólica pero

lo deseché inmediatamente y elegí creer que lo que oía seguramente provenía de algún departamento vecino.

Coloqué las copas en la bandeja, dejé lista una coctelera llena y me dispuse a salir a su encuentro para celebrar, por fin, nuestro aniversario. Apenas crucé la puerta de la cocina ya no tuve dudas. Las voces provenían efectivamente de mi living, más concretamente de mi televisión, específicamente del relato maniático de un locutor deportivo que daba cuenta con el frenesí de su voz de los sucesos de un partido de fútbol.

Lo miré extrañada e interrogante pero él no pudo registrar mi actitud ya que su mirada estaba hundida en la pantalla de tevé. Apoyé la bandeja sobre la mesa ratona.

-Shhh, shhh, shhh– me soltó, irritado.

Todavía desconcertada y sin tener una estrategia clara frente a su comportamiento sólo alcancé a manotear el control remoto que descansaba sobre el sillón, a su lado. En un acto reflejo él estiró su mano hacia la mía –la que sostenía el control- y, torciéndola con una fuerza brutal que me hizo lanzar un aullido de dolor, me lo hizo tirar al piso. Era mi mano izquierda, la que él solía besar como un caballero. Mi aullido se entremezcló con su grito de gol, sostenido e impúdico. Cuando terminó de celebrar el triunfo, tomó su vaso para recién entonces comenzar el ritual del happy hour y balbucear su queja de siempre. Me levanté del sillón y me dirigí hacia la tele. La apagué con la mano que no me dolía.

-Andate- le ordené, mientras recuperaba el remoto que había quedado en el piso. Apreté el botón de encendido para comprobar si funcionaba a pesar de la caída. Prendí, apagué, volví a prender y a apagar. Lo hacía perfectamente.

Como esperando ver si el aparato cumplía su función o quizá esperanzado con que dejase lo dejase encendido, esperó a que terminase mi maniobra de comprobación para levantarse e intentar besarme la mano lastimada. No se lo permití. Me parecía que para él nuestro ritual había sucedido en *fastforward*.

-Andate- le repetí, con voz firme, sin una sombra de rencor.

Sólo entonces se fue, con indiferencia. Apenas escuché cómo la puerta se cerraba, con simétrica indiferencia, me preparé una compresa de hielo y no volví a pensar en él. Me tomé lentamente todo el bloody María que había preparado, saboreándolo en mi sillón, mientras me mimaba la mano.

No estaba ni herida ni sorprendida. Ni por él ni por mí. Ya lo sabía perfectamente y lo había comprobado una vez más: el otro no importaba.

La mano apenas se había torcido. No tuve que soportar la convalecencia de una cuarta fractura y eso, más que nada, fue un gran alivio.



10

FERNET

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

10

FERNET

Por debajo de la puerta alguien deslizó una nota. Seguro que fue el portero. Me encontraba tomando mi fernet con soda del mediodía sentada en el único sillón del living. Aunque ya había pasado las doce, todavía estaba enfundada en la bata algo amarillenta y de toalla raída que hacía ya cuatro años me había comprado en una liquidación de Arredo. Por eso ni me levanté por lo de la nota. Mientras bebía despacito mi fernet con soda me espiaba en el espejo que ocupaba toda la pared que se encontraba frente a mi sillón de beber. Se me notaba la tintura castaña bastante deslucida por un manojito de canas que delataban mi vejez inminente. Si bien recién había pasado los cincuenta, estaba segura de que parecía bastante mayor. No me importaba o eso quería hacerme creer porque de otro modo no se explica por qué, mientras bebía y me miraba al espejo, una lágrima comenzó a deslizarse por mi mejilla derecha. Me ocurría casi a diario, mientras bebía el primer fernet, un ritual instalado desde hacía varios años, entre que terminaba el noticiero del mediodía y me aprontaba para la cena.

A este rito sumaba la mano bien metida en la vagina, tragaba y acababa en una combinación de voracidad que no lograba saciar. Así, llorosa, medio muerta de hambre y un poco caliente, recibí la noticia. La nota lo decía bien clarito. Iban a fumigar. No me causó ni gracia ni alegría sino un justificado sentimiento de despojo porque me había encariñado con los únicos seres vivos que deambulaban por mi departamento, un pequeño ejército de cucarachas. Cuando empezaron a invadir mi deslucido mono ambiente traté de combatir las. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, como cuatro o cinco años atrás, aproximadamente para la misma época en que dejé de trabajar, durante la última crisis cuando perdí mi trabajo a causa de un brote psicótico, ahora totalmente controlado. Tomo mis pastillas a la hora del fernet. Desde entonces, me había rendido ante esa particular muestra de vida y ya no las atacaba con inútiles trampas de dudoso olor, tampoco las acorralaba con aerosoles asesinos y había desistido de aplastarlas con la intrépida palma de alguna de mis manos. Incluso ahora las dejaba corretear entre mis dedos cuando las descubría por ahí. Hacía tiempo que sólo ellas se atrevían a rozar mi piel. Efectivamente, hacía mucho que nadie me tocaba. De modo que la noticia no me cayó nada bien y me quitó hasta las ganas de beber pero no la calentura. Me olvidé de la ración de pastillas.

Las cucarachas se habían convertido en mis fieles compañeras y en los testigos piadosos de mi rutinario aburrimiento.

Abrumada por el contratiempo, -¿qué iba a ser de mi vida ahora sin las cucarachas?- dejé el vaso de fernet a medio terminar y me levanté. Me masturbé mientras caminaba rápido hasta la cocina con vaso que sostenía con la mano derecha que temblaba, invadida por un repentino ataque de miedo. Necesité ver de inmediato a mis cucarachas. Cuando apoyé el plato sobre la mesada acabé, sincronizando mi jadeo sórdido con el ruido que hizo el vaso sobre el mármol. Ese mismo ruido fue el que las despertó y empezaron a salir de todos los rincones. Yo no sabía si lo notarían, pero les sonreí. Era una sonrisa dulce que prometía vengarlas o mejor: salvarlas de la masacre del fumigador.

Después de tirar el vaso dentro de la pileta de la cocina, el mismo lugar donde se amontonaban los desechos de mis comidas frugales con mis adorado insectos, me dirigí al baño y empecé a llenar la bañera. En los azulejos lindantes un par de bichos me hacían sentir menos sola. Eché un chorro de champú barato en el agua para hacer espuma. Hacía tiempo que no compraba sales verdaderas. Me desnudé y empecé a inspeccionarme el cuerpo mientras el agua corría, lenta. De tanto en tanto, miraba hacia las dos cucarachas para asegurarme de su presencia.

El espejo tenía unas enormes manchas de humedad que, sin embargo, no me impidieron ver los pelos crecidos debajo de los sobacos y las pecas recientes que se habían instalado entre mis pechos. Me acarició la cara y acercándola al espejo registré la profundidad de los poros de mis mejillas, la sequedad de la piel y unos mocos rebeldes que asomaban desde mis fosas nasales, tejiendo unas feas telarañas.

Tuve que reconocer que, a pesar de todo, mis ojos pardos conservaban un brillo vivaz que me otorgaba la sutil esperanza de que algo podía moverse en mi vida -además de las cucarachas- para arrancarme del pozo demorado y vacío por el que había dejado que se refregaran mis días luego del brote.

No había sido siempre así. Existió un tiempo -desde mi adolescencia hasta antes del brote, cuando trabajaba en una ferretería cerca del departamentito- en el que esperaba abrir mi cuerpo ante un hombre. Primero fue entre mis compañeros de escuela y vecinos de la cuadra, más tarde entre clientes en busca de destornilladores, tenazas, veneno, cables y martillos. Entre esa masa de hombres intenté encontrar alguno que pudiera descubrir el deseo que se agazapaba tras la vivacidad de mis ojos y ardía, solitario, entre mis piernas frustradas. Pero nunca nadie me miró como esperaba y fueron mis dedos curiosos y cansados los únicos que tuvieron el contradictorio privilegio de conocer mi humedad vaginal. Ahora, a los cincuenta y tanto, la posibilidad de cualquier otro roce adquiriría la categoría de milagro. Con todo lo que las quería, nunca pensé en las cucarachas. Atraída por la espuma barata, respiré hondo y exhalé en una especie de suspiro que no denotaba ningún dolor. Sólo el ritmo de una conocida y abúlica costumbre. Comprobé que la bañadera ya estuviera a medio llenar y me hundió en las otras caricias que no provenían de sus manos, eran los roces inocentes del agua tibia y la fuerza pujante del duchador que ubicaba estratégicamente, allí donde mi necesidad latía .

Durante los segundos que estuve en el agua, soñé con un cuerpo y una vida distintos. Piel y huesos más jóvenes y habitaciones sin cucarachas porque si mi vida hubiese sido otra - estaba segura- no las hubiese perdonado. En el mundo, podía intuirlo, había algo mejor, pero por algún motivo que nunca entendí, a mí no me había tocado lo bueno del reparto. La ensoñación duró poco porque el agua se enfrió enseguida. Entonces salí de la bañera y me secó rápido frotando con aspereza la toalla contra su piel. Una vez seca, me metí en la cama. A los pocos minutos me dormí arrullada por el silencio mortecino del cuarto apenas entrecortado por el imperceptible andar de las cucarachas que anidaban tras las paredes.

El ímpetu continuado de un dedo sobre el timbre de su departamento me despertó. Me sobresaltó y miré el pequeño reloj despertador apoyado sobre la mesa de luz. Me di cuenta de que me había quedado dormida. Eran más de las diez de la mañana y mis tediosos rituales siempre la encontraban vestida y peinada un poco después de las nueve. Me maldije por haberse quedado dormida justo ese día, el día del fumigador. Mi sueño pesado no me dio tiempo para pensar en cómo detenerlo. Todo lo que atiné a hacer fue ir hasta la puerta, abrirla y dejarlo pasar.

El hombre, lo noté de inmediato, medía casi dos metros pero no pude darme cuenta de su edad porque una escafandra y un traje como galáctico le cubrían todo el cuerpo y la cara. Desde detrás del traje una voz me increpó:

-Fumigador. ¿Puedo empezar por la cocina?

-Preferiría que no.

-Usted me dice, entonces -me propuso el hombre, molesto por mi negativa.

Lo llevé directo al dormitorio y cuando el hombre apuntó con una especie de soplete contra las paredes, me escapé para la cocina. Tomé una cacerola y la agité contra la mesada, entonces ellas aparecieron. Sin perder un segundo, las atraje -ayudada con una servilleta- hacia el recipiente y conseguí rescatar allí a unas veinte. Con la cacerola en la mano me dirigí al baño y con el mismo método pretendí atrapar a las de la bañera. Me apuré porque escuché que en el cuarto el hombre terminaba de realizar su trabajo. Como sabía que no podía salvarlas a todas elegí los lugares donde crecían las más antiguas. Las cucarachas de la bañera fueron menos dóciles que las de la cocina y se escaparon por la rejilla. Al borde de las lágrimas, apreté la olla contra mi pecho y salió del baño, sin saber qué hacer. Me quedaban sólo veinte bichitos como única muestra de esos afectos del pasado.

Apenas traspuse la puerta me crucé con el hombre cuya estatura me intimidó. Me quedé paralizada, apoyada contra la pared. El hombre también se detuvo y con un movimiento inconfundible de su cabeza la escrutó y le clavó la mirada entre las piernas.

-A la mierda las cucarachas- pensé mientras dejé caer la cacerola al piso, donde los cucarachas rescatadas se esparcieron sin que el fumigador quitara su mirada de donde la tenía.

-¿Gusta un fernet? -le propuse.

Creí que había hecho lo correcto y que mi intuición de mujer madura esta vez no me fallaba. El hombre, por alguna razón, pensé, se había dado cuenta de mi ancestral calentura y, estaba cada vez más segura, había llegado hasta mi casa para calmarla. Borracha por estos pensamientos y por el glorioso hecho inesperado, no advertí que el fumigador se aprontaba a lanzar el contenido de su veneno contra mí, en el preciso lugar donde ardía mi deseo.

El calor del veneno extrañamente me estremeció y me pareció sentir algo parecido a un orgasmo, a esos que me procuraba con mis dedos. Cuando el fumigador dejó de sopletearme, le sonreí y me levanté la bata de dormir que llevaba puesta, dejando mi cuerpo totalmente al descubierto y deseando secretamente que el hombre se quitara de una vez su ropa galáctica.

Nada de eso sucedió. Desde sus dos metros de altura, el fumigador me ignoró y se abrió paso hasta la cocina hasta donde lo seguí con la bata alzada y el desconcierto enroscado en el cuerpo.

-¿Entonces?-atiné a preguntarle sin estar muy segura de lo que quería decir con la ambigüedad de esa pregunta.

El fumigador no dejó de hacer su trabajo para contestarme sin dedicarme ningún tipo de mirada.

-Nada, señora -le dijo- es que le detecté un par de ladillas y no pude contenerme. Obsesiones del oficio.

Entonces se sacó la escafandra para mirarme con ojos de disculpa. De inmediato me dirigí al lugar del departamento donde se me había despertado la ilusión y le había convidado un fernet. Traté de encontrar a las cucarachas que primero había rescatado y que luego había tirado sin piedad al piso. Sólo quería que perdonasen mi traición.

El tipo se fue sin decirme “buenos días”.

No encontré ninguna cucaracha. Ellas también me abandonaron. Me serví un fernet y me senté en el sillón de beber. Tomé los frascos de pastillas –el antipsicótico y los ansiolíticos- y me las tragué todas juntas. No se me ocurría qué otra cosa hacer.



11

GANCIA BATIDO

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

11

GANCIA BATIDO

-Soy como Truman Capote- me dijo el caballero uno, un tipo gordito, con la camisa que se le abría en la panza y melena canosa con brushing -¿Lo conocés? -inquirió- y siguió hablando sin darme tiempo a contestarle-. Él tenía todo acá.- afirmó refiriéndose a Truman mientras se daba golpecitos en la cabeza- Voy a escribir la historia de ese pueblo que es como la de Kansas pero en Argentina. ¿Entendés?

Sonreí en señal de afirmación, no valía la pena apabullarlo con que precisamente mi tesis de doctorado en Literatura Contemporánea la había realizado sobre un estudio de *A sangre fría*, el *copolavoro* de Capote, la obra que el gordito juraba que iba superar.

-¿Y ya tenés editorial? -quise saber cuando dejó de hablar para retomar la respiración y recomenzar su monólogo fanfarrón. Fue así como, seguramente fuera de sus intenciones, me dejó unos segundos para que pudiese hablar y humillarlo. Me indignaba su desvergüenza o quizá fuese simplemente estupidez. No me importaba, mi ánimo ante sus palabras oscilaba entre el agobio y la risa.

El gordito tragó saliva, pude ver como el agüita le bajaba por el cuello.

Le repetí para que no le quedasen dudas sobre lo que quería saber.

-Te preguntaba si tenés editorial.

-No. Todavía no escribí nada –afirmó ahí sí inmediatamente y sin vergüenza un segundo antes de que sonara la campanilla y tuvo que levantarse de mi mesa.

Me encontraba participando de un *speed-date*, regalo de cumpleaños de mi hermana. Nunca me había gustado la idea de asistir a ese tipo de eventos donde sentada a una mesa numerada y con una cartel identificador –tipo prendedor- con número abrochado en el escote, tenía la posibilidad de conocer a diez hombres con los que podía hablar durante cinco minutos, en quince segundos clasificarlos –flechazo, amistad, nada- y así sucesivamente. A este le hice una cruz en “nada” y me sonreí para adentro recordando como en un *flashback* su melena cepillada y su boca fina pronunciando “yo soy como Truman Capote”.

Me tomé un sorbo de Gancia batido, gentilza del evento, y esperé al próximo candidato.

El caballero dos se hacía llamar El jamaiquino, vestía un traje claro con corbata al tono y estaba notablemente bronceado. Cuando le pregunté por su nick me comentó que lo había elegido porque le gustaba tomar sol y soñaba con vivir en el Caribe. Por ahora sólo había conseguido lo primero.

-Cada vez que puedo, subo a la terraza y me quedo unas horitas- me comentó- para luego ir directo al punto-. ¿Y cuál es tu plan?

-¿A qué te referís?-quise saber.

-¿Para qué viniste?

-Es un regalo de mi hermana y acepté por curiosidad. No busco nada en especial, pero estoy abierta a todas las posibilidades -le dije honestamente.

Hacia tres años que me había separado y había tenido algunas historias aquí y allá. Mi hermana decía que tenía que encontrar una relación más permanente. Mi idea no era ni buscar ni encontrar, sino dejar que la vida fluyera, permitir que el azar pusiese alguien en mi camino. De todos modos, acepté el regalo no sin sumar también cierta curiosidad antropológica.

El jamaiquino empezó a contarme lo que él buscaba. Tenía claro que quería una novia. Una razón, que me pareció y me sigue pareciendo, totalmente noble.

Pero luego sucedió lo del exabrupto.

-El hombre no nació para estar solo-afirmó-. Las mujeres sí, porque no tienen sentimientos.

-¿Cómo? pregunté retóricamente, pensando que era una gracia.

-Eso, que no tienen sentimientos. Son desconsideradas. Sino fijate acá. La mayoría de las mujeres estás vestidas con pantalones. Es de muy mal gusto.

Traté de explicarle un poco superada por su razonamiento que el mal gusto no tenía nada que ver con el uso de pantalones –yo, por suerte, había decidido ponerme un vestido- pero el redobló la apuesta mientras levantaba la voz.

-Y te digo más, las mujeres que usan jeans me parecen completamente vulgares. Esas no son mujeres, son... son...putas.

-Esta conversación se termina acá- le dije, terminante, y con ostentación marqué en su casillero el peor puntaje con la acotación “peligroso”, como para que lo viera.

-Te agradezco la sinceridad- me dijo El jamaiquino, atónito, pensando que sería el colmo de la vulgaridad. O quizá una puta disfrazada con un vestido.

-Me paso la vida en jeans –agregué, en un susurro, para exasperarlo- y no te la chuparía aunque me dices un cheque en blanco.

El Jamaiquino carraspeó y se puso más colorado, como si hubiese salido recién de una cama solar con alto nivel de UV. Manoteó mi Gancia y amagó con tirarme el contenido. Yo apoye mi mano sobre su mano blanda y recuperé el trago para mí. Le había ganado en la silenciosa pelea y su color rojo ya desbordaba los contornos de su piel. Era diabólico.

Una de las organizadores del encuentro percibió el encontronazo, me rescató de mi mesa y me preguntó que había pasado. Le hice un resumen y se disculpó explicándome que era excepcional que se le colasen personajes como ese.

Me faltaban ocho “caballeros”, así los llamaban los organizadores, pero yo quería irme. Le comuniqué a la organizadora cuáles eran mis intenciones y me pidió por favor que esperara al tercer “caballero”, que luego harían una pausa y que ahí, discretamente, me podía escabullir. Le hice el favor. Pedí otro Gancia en la barra que ya no fue gentileza de la casa y esperé a que volviese a sonar la campanita. Volví a mi mesa donde ya me esperaba otro señor. Me sorprendió que llevase puesta esa camisa negra. Estaba segura que era el mismo modelo que le había comprado a mi ex en la última navidad que pasamos juntos. Quise saber.

-Qué buena camisa. ¿De dónde es?

-Me la compré en Mancini.

-¿Es de hace dos temporadas, no?

El caballero tres me dijo que sí, algo incómodo. A mí no me importaba, una buena camisa puede resistir varias temporadas. El caballero tres olía bien, me contó que era arquitecto, que tenía tres hijos, desplegó una charla agradable en la que me dejó intervenir y mientras conversábamos de pavadas pensé que era un hombre por el que apostararía para armar otro encuentro fuera de las citas rápidas. Los cinco minutos se me pasaron volando y me dio pena tener que dejar de hablar con él. El sentimiento parecía recíproco porque cuando sonó la campana él maldijo al cielo y me susurró su mail, rompiendo toda las normas del encuentro, que prohibían que se conociesen nuestros nombres verdaderos y que nos intercambiásemos

números de teléfono o direcciones de mail. La información la centralizaban los organizadores y sólo permitían conocer la información de los participantes que habían tenido coincidencias en sus apreciaciones mutuas. Ese gesto rebelde me llenó de esperanzas y ahí por un momento atisé la posibilidad de un romance.

La buena impresión del hombre de la camisa negra me hizo dudar sobre si irme o quedarme. Lo pensé unos segundos y decidí respetar mi primera intuición: me iría.

Antes pasé por el baño. El Gancia siempre me da ganas de hacer pis.

Había tres apartados y sólo uno estaba libre. Mientras me acomodaba, escuché el taconeo de una mujer saliendo. Junto al sonido del primer chorro de orina dando en el blanco, escuché un ruido raro.

Me acomodé la ropa y me subí discretamente al inodoro para poder divisar los otros apartados. Capote se estaba besuqueando con una rubia de melena tupida, de brushing como él, y mientras la besaba ya empezaba a bajar su mano indiscutiblemente. Salí sin hacer ruido y susurré tres hurras por Capote. Finalmente el gordito, a pesar de su petulancia, me había dado ternura.

Atravesé el salón y el hombre de la camisa negra hablaba animadamente con una pelirroja de camisa naranja –eso sí era mal gusto, al menos para mí-, lo busqué con la mirada y nos encontramos un segundo. Le guiñé un ojo e hizo como si nunca hubiese hablado conmigo, retomando su conversación esa otra, absorbido totalmente por sus embrujos.

Confirmaba mi decisión. Tenía que irme de allí. Salí apresuradamente tratando de que la organizadora no me viera. Lo logré.

Caminé hacia la esquina para buscar un taxi. Mientras esperaba, una mano me tomó con violencia por la nuca y me tiró hacia atrás.

Con la otra mano me cruzó el cuello, inmovilizándome. Sí, era el jamaiquino que me obligó a ponerme de rodillas mientras se abría la bragueta.

-Chupá, puta. Chupá bien y para que sepas no hay cheque. No hay nada.

Recordé una claudicante frase de mi adolescencia “relájate y goza”. Y empecé a hacer lo que me ordenaba, simulando unos jadeos comprometidos. Cuando el jamaiquino ya confió en mi devoción, le clavé los dientes con toda la fuerza que pude. Pegó un grito que todavía retumba en mis oídos y el dolor lo hizo soltarme. Me levanté rápido del piso y corrí, a los tumbos, dos cuadras hasta que encontré un taxi. Me subí. Le indiqué la dirección y luego abrí la ventana.

Escupí su sangre soleada y un trozo de piel al aire. Luego me limpié la boca con un pañuelo de papel, de esos que siempre llevo en mi cartera no siempre para esos fines.



12

CHARDONNAY

Cuentos alcohólicos - Cristina Civale

12

CHARDONNAY

Desconecté hasta el martes y decidí darme todos los gustos. Venía trabajando mucho -de martes a domingos y los fines de semana hacíamos dos funciones- y estaba ávida de tiempo para mí. Provisiones en el super, en el winery del barrio, en el video club, en la librería y el kiosko de revistas. Tenía un día y medio para ponerme al día.

Me entusiasmaba la idea de ver en DVD, en una copia flamante, a Irma la dulce de Billy Wilder. Quería que la frescura del personaje de Irma, interpretado por Shirley McLaine, me sacudiera el agobio. Pero no pudo ser. Por una mala maniobra que realicé con el control remoto, se coló la imagen de un clip emitido por una de una de esas cadenas que pasan videos sin tregua.

Mis planes cambiaron en ese segundo inesperado. Fui secuestrada por esa imagen. Una mujer de ojos dolorosos y claros miraba a cámara, llorando en un plano sostenido, que me pareció eterno. La piel blanca de la mujer cubría un cuerpo tembloroso, flaco y de rostro demacrado, con huellas de sufrimiento que parecían ancestrales, anteriores al llanto. La lágrimas corrían por sus mejillas como pequeñas navajas que hacían que ese dolor aniquilador aumentara cada vez más.

Into my arms de Nick Cave envolvía la imagen. Me quedé como hipnotizada, mirando esa cara que en nada se parecía a la mía pero que convertía a la pantalla de tv en un espejo.

Entendía ese dolor, hasta lo compartía, aunque no tuviera razones evidentes. La mujer y sus gestos me ponían en el centro de mi misma, en ese vacío también ancestral donde sólo quedaba llorar o evitar las lágrimas. Mostrar el dolor u ocultarlo. Finalmente, yo lo sabía, la vida se reducía a eso. A dejar las heridas abiertas hasta desangrarse o a tapanlas y seguir adelante con las ansias de una felicidad que no llega nunca, con la desesperación por alcanzarla, por el vacío que deja su ausencia, la búsqueda del sentido que no conduce a ninguno. Arrastrar la pesadez para continuar. El temido agujero por el que se escapa la existencia y no hay como retenerla, porque no se puede. Todo lo demás, coartadas de vano entusiasmo.

Sobre el final del clip, la mano de un hombre se acercó a la cara de la mujer y la acarició, quizá con el fin de calmarla. Sin embargo, ella siguió llorando. Nada parecía poder contra su sufrimiento.

El clip terminó y empezó otro que ya no miré. El espejo, al menos éste, se había esfumado y me dejaba sola con todos esos pensamientos que me había provocado. El secuestro continuaba.

Ya no tuve ganas de ver la comedia de Wilder ni de prepararme ningunas de las exquisiteces que me había comprado en el súper, sólo abrí una botella de chardonney que bebí lo más rápido que pude. No me importaba nada más que no fuera conectarme con ese dolor, dejarlo latir hasta que estallara.

Me puse a llorar y fui a darme pena frente al espejo del baño, uno verdadero, con la copa en la mano. No hubo magia. No llegó la mano de ningún hombre para calmarme. No hubo rescate. Parecía que no había precio para eso.

¿Pero acaso existía una mano que pudiese contra semejante desasosiego?

Pensé en los hombres que habían habitado distintos tramos de mi vida. Desde mi padre hasta mi último marido y unos cuantos más, y si bien hubo momentos en que la desazón parecía desaparecer, al tiempo volvía y me dejaba más perpleja ante mí misma. El amor o su simulacro tampoco alcanzaban.

Quizá haya sido por eso que decidí ser actriz, para escaparme de mi cuerpo y de mi propia existencia, a la que no le entraba ningún valor ni ninguna explicación, sólo había respuesta cuando hablaba palabras escritas por otros, cuando vivía vidas de pura ficción. Todas ellas, sin duda, más sólidas y heroicas que la mía. Y, básicamente, más vivas.

Mi marido no estaba en Buenos Aires y me alegré porque su mano tratando de tapar mi angustia tan repentina como ancestral no hubiese hecho más que infligirme un nuevo dolor, otra razón para seguir no encontrando sentido, una frustración repetida. Me metí en la cama, lo más adentro que pude y apagué definitivamente el televisor. Cerré los ojos y me acurruqué contra mí misma, enrollada como para autoprotegerme de todos esos pensamientos que, como fantasmas, venían a cazarme, a embaucar mi día y medio de descanso frívolo, a continuar con el secuestro.

Se hizo de madrugada y la angustia me llegaba ya a la punta de los dedos de los pies y el pecho parecía taladrado casi definitivamente. Seguí buscando en mi memoria una mano, aunque fuese imaginaria, que pudiese calmarme. Pasaron horas hasta que, por fin, con una naturalidad sorprendente, llegó.

Eran las manos de mi madre. Muertas y enterradas ya, pero vívidas en esa especie de salvamento. Me dejé llevar por esas manos que resucitaba mi imaginación y el dolor empezó, lentamente, a ceder. Supongo que sin querer mi cuerpo adquirió una posición fetal y me relajé, por fin en paz, pensando qué difícil que había sido perderla, desde el primer minuto -no tenía que ver con su muerte-, salir de ella, de su cuerpo, de su tibieza, del útero añorado por siempre.

Cuando ya estaba totalmente tranquila, en los brazos imaginarios de mi madre, conseguí dormirme profundamente.

Mañana sería otro día. Lo importante era atravesar ilesa la barrera de este que no me dejaba lugar para la mentira, no me daba respiro con mi única realidad, este vacío ensordecedor. Parecía que iba a conseguirlo. Todo eso puede una madre. Aunque sólo sea evocada y esté muerta, aunque también supiera desde siempre que su mayor deseo había sido abortarme.



13

SYRAH

Cuentos alcohólicos - Cristina Civale

13

SYRAH

Lo llamaban *Cabo de Miedo* porque tenía un ligero aire a Robert de Niro en la película de ese nombre dirigida por Martin Scorsese, pero sobre todo le decían así por esa costumbre tan típicamente suya de usar guayaberas floreadas y andar entre empecinado y maníaco, prepoteando por las calles de la ciudad.

Cabo de miedo tenía un pasado confuso. Algunas veces decía que había sido asesor en el Ministerio de Economía en la época de Isabelita, otras tantas contaba que había sido manager de artistas y se jactaba de su representado estrella, el difunto Nicola Reyes, un folclorista que se mató en una ruta por exceso de alcohol y cansancio. Cabo de Miedo era, también, un hombre excesivo. Tenía algo más de 40 años, el pelo castaño, largo hasta la cintura y bien lacio, formando una cola de caballo que se ataba con una gomita brillante y de elasticidad relativa. Tenía una colección que guardaba en el bolsillo izquierdo de su pantalón junto con las bolsas de los productos que vendía, papeles con cocaína. No vendía ningún otro tipo de drogas porque, aseguraba, ninguna le daba tanto rédito como ésta a la que solía distribuir en unas bolsitas que a él le parecían muy profesionales, como de lujo. Eran una especie de pequeños sobres de plástico con un cierre adherente que permitían que el producto no se humedeciera ni que se desparramara, manteniendo la calidad de la entrega inicial. Sin embargo, Cabo de miedo abultaba cada sobrecito con novalgina o sal de fruta, según lo que tuviese más a mano. Paraba todas las noches en la barra de un bar de moda en Palermo desde donde manejaba con bastante discreción sus negocios. Él jamás consumía y no le vendía a menores de edad. Solía portar una navaja que, de tanto en tanto, mostraba, amenazante, a la vez que decía:

-Conmigo no se jode, nena.

Lo conocí un tarde de septiembre, cuando yo esperaba, como solía hacer cada vez que me quedaba sin hombre, para hacer mi particular casting de amantes. En esas circunstancias solía acudir al penal de Villa Devoto donde, entre los reclusos que salían en libertad, elegía a quien, en el futuro, decidiría a amar. Alguna vez había tenido un par de encontronazos fogosos con un guardia que me daba una lista con los liberados y, más o menos, intentaba pintarme un perfil de cada uno. A cambio, le cocinaba alguna que otra comida que le llevaba en un *taper*. Para los dos se había acabado el mutuo apetito sexual, pero el guardia siempre tenía hambre de comida casera y yo suelo ser, entre otras cosas, una muy buena cocinera.

Mi idea de buscar hombres en el penal tenía que ver con que por entonces consideraba que era una oportunidad única de alzarme con un buen partido. Contaba con su desesperación y la obligada soledad que abandonaban. Eso me garantizaba sexo fuerte y continuado y una misión en la vida, la de intentar convertirlos en hombres de bien, aunque por bien yo sólo entendiera el hecho de que me mantuviesen. No elegía ni rateros ni delincuentes de poca monta. Tampoco violadores o asesinos. Además del aspecto físico, me importaba que tuvieran algo material para darme. En realidad, era lo único que me importaba.

Esa inquietud por el dinero provenía de una infancia vivida con ostentación junto a mi familia, formada por madre, padre y tres hermanos varones. La discreta opulencia de la casa de Belgrano chico se debía al trabajo gerencial de mi padre en un banco extranjero y al esfuerzo de mi madre como funcionaria de carrera en el campo diplomático. Mis padres temblaban ante la sola idea de ser pobres y me transmitieron ese temor. De todos modos me hastié del módico lujo pero sobrevivió la manía por el dinero. Necesitaba tenerlo, pero a la vez sentía culpa y a todo esto se sumaba que no me gustaba trabajar.

No quería dinero en grandes cantidades. Sólo para lo indispensable, para lo realmente básico. Mis sueños tenían la humildad que durante mi infancia no me habían enseñado.

Probablemente fue por esa necesidad de austeridad no heredada que abracé el noviciado en la congregación de las hermanas de San Camilo, santo del que una tía mía era devota. Había decidido hacerme monja por una cuestión de comodidad, porque sabía que de por vida iba a tener una misión tan fácil como quisiera, techo y comida. Lo necesario. Ni más ni menos.

Con eso cubría casi completamente tanto mis necesidades como mis ambiciones. No me importaban los votos porque pensaba violarlos todos, pero haría lo posible para guardar la mayor discreción. En esos tiempos era lo suficientemente ingenua como para creer que algo así resultaría posible. Antes de perder la virginidad entre las piernas de un alumno de una escuela marista que asistía a mis clases de catequesis, ya me robaba la colecta de las misas y retiraba una botella de syrah con el que cura se mojaba los labios desde un cáliz a la hora de la bendición. No era tan tonta como para quedarme con todo el dinero recaudado, pero en la misa de los domingos me quedaba con unas cuantas monedas y una botella sin abrir de la bodega. Tanto la hermana superiora como el padre que oficiaba la misa, lo habían notado desde un primer momento. Lo había visto reflejado en su rostros. Con todo no me dijeron nada, dándome tiempo para que me arrepintiera. Pero cuando el padre del alumno de la clase de catequesis fue a quejarse porque su hijo había sido "manoseado" - usó exactamente esa palabra- por mí, ya no tuvieron margen y me expulsaron de la comunidad, sin atender a mis falsas frases de arrepentimiento. No insistí demasiado. Estaban haciendo lo correcto.

Como seguía sin convencerme la idea de trabajar, volví a la casa paterna dispuesta a hacer de mi vida otra cosa que me garantizase la supervivencia básica. No tenía ningún otro deseo.

Ya que no había podido hacerme monja y no tenía valor para convertirme en una delincuente peligrosa ni en una bandida de poca monta, sintetice mis deseos frustrados en buscar a ex-presos como amantes. Y también estaba lo de la redención, algo que me había quedado del noviciado. Fue así como empecé a concurrir al penal.

Antes de conocer a Cabo de Miedo, ya había intentado armar, sin éxito, una pareja con Raúl, un cuarentón atracador de bancos que tuvo dos golpes exitosos pero que en el tercero cayó por una fatalidad. El auto en el que debía escapar no arrancó a último momento y, como Raúl y su banda habían usado armas falsas, no tuvieron más remedio que entregarse ya que no podían exponerse a un tiroteo. Lo abandoné luego de ocho meses de idilio casi perfecto cuando descubrí los planos de un nuevo golpe. No había conseguido redimirlo. Raúl se resistió a irse de su propia casa -que había comprado con el dinero de los golpes anteriores secretamente guardados por su madre en un escondite casero, un hoyo en el jardín de su casa- pero yo lo obligué a que pusiera el departamento a mi nombre, amenazándolo con denunciarlo. Estaba tranquila porque sabía que Raúl era ladrón pero no un asesino y también medio cagón. Con lo cual el plan me salió redondo. Me quedó con un departamento de dos ambientes con balcón a la calle en Almagro y me dediqué a buscar a mi próximo hombre.

Volví a pararme en la puerta del penal. El guardia de siempre me había dado un fija. Iba a salir un estafador de guante blanco, un tipo que había hecho grandes desfalcos y, que en alguna parte, debería tener parte del dinero mal habido. Eso dato me bastó para esperarlo con ansiedad pero cuando lo vi por primera vez no me habría importado que hubiese sido un ladrón de panes. Se llamaba Carlos y era el hombre más apuesto que jamás había visto. Era alto y de cuerpo espigado, de piernas y brazos largos y delgados, con el pelo renegrido y con una sonrisa tan cautivante y perfecta que cuando me lo crucé para encararlo y me sonrió ya supe que sería capaz de enamorarme locamente de él. En ese momento olvidé el único detalle que no tendría que haber perdido de vista, lo que me había dicho el guardia, que Carlos era un estafador y como tal fue él esta vez el que me embaucó. Pasamos tres meses juntos viviendo en el departamentito de Almagro. El me juraba que me amaba, que me amaba y que me amaba y yo le creía, le creía y le creía.

Carlos vestía ropas caras y la llevaba a fiestas lujosas en las que, cada vez, decía que era una persona diferente. Un empresario español - era capaz de imitar el acento-, un estanciero de Bragado o un ejecutivo de Microsoft. Ya había dejado de lado la idea de la redención. A mí todo me parecía muy divertido y estaba segura de que había encontrado al hombre para pasar el resto de mi vida. Hasta que un día fuimos a almorzar al restaurant del Yatch Club de Puerto Madero y

Madero y Carlos se ausentó para ir al baño. El tiempo pasaba y Carlos no volvía. Le pedí al mozo que por favor fuese a fijarse si algo malo había sucedido. El mozo mandó a un cadete que volvió asegurando que el baño estaba vacío. Quedé desolada y apenas pude soportar la vergüenza. Carlos jamás regresó. Tuve que hacerme cargo de la cuenta y del dolor que había significado tan singular abandono. A los dos días me lo crucé por la avenida Santa Fe y me planté frente a él con una sonrisa tierna. Era capaz de disculparle todo. El me corrió de su camino con suavidad y siguió de largo, como si jamás me hubiese conocido.

Lo seguí dos cuadras pero Carlos logró escabullirse y así perdí de vista.

Me encontraba tan herida que no quise esperar más tiempo y fue por eso que esa misma tarde, desde la avenida Santa Fe paré un taxi y me fui a Devoto. No le pregunté nada a mi amigo el guardia y me llevé al primero que salió. Fue así como conocí a Cabo de miedo.

Había decidido entregarme a mi destino sin resistencia. Lo acompañaba todas las noches al bar donde Cabo hacía sus diligencias y a cambio le pedía que me diera cinco papeles que, o bien me tomaba o bien revendía volviendo a racionarlos. Estaba perdida y aunque Cabo de miedo era un hombre gentil y un amante virtuoso, yo seguía prendada de Carlos y preguntándome qué había sido todo aquello de su rebuscada invisibilidad. Por más que le daba vueltas al asunto, no le encontraba ninguna explicación. Sólo cuando terminaba de beberme una botella entera de syrah, el souvenir de mi época de monja, dejaba de hacerme preguntas.

Una de las noches en que estaba en la barra del bar junto a Cabo, vi a Carlos. No podía creerlo. Caminaba directo hacia mi. Había dejado de ser invisible, había vuelto a reconocerse. De un brazo me sacó de la barra y no me importó nada. No le pedí ninguna explicación. Cabo ni se movió. Solo murmuró su frase muletilla.

-Conmigo no se jode, nena.

Carlos y yo salimos a la calle sin hacerle caso. Allí un Alfa Romeo con chofer nos estaban esperando.

-Todo vuelve a su lugar. -pensé mientras el auto se deslizaba por la ciudad y Carlos me pasaba el brazo por el hombro en silencio.

No pudimos andar mucho porque a las pocas cuadras nos detuvo la policía. Carlos fue encerrado por una nueva estafa y yo por traficar. Esa noche tenía una cantidad de papeles tal que no pude alegar que eran para consumo personal.

Pasé ocho meses en el penal de Ezeiza carteándome con Carlos, al que le esperaban más de dos años entre rejas. En realidad la que escribía frenéticamente era yo. Carlos no contestaba. Igual me juré que lo esperaría y que ya nunca más iría a Devoto a buscar hombres, sólo a verlo a él, cada vez que se me permitiese una visita. Carlos me contestó por fin. Me intimó a que no me molestase, que él no estaba para recibir visitas y esa fue la primera y única carta que recibí de él.

Pasé el último mes en el penal llorando, no sabiendo cómo iba a continuar con mi vida. Ya no tenía sentido ir a buscar hombres a Devoto, ya no tenía sentido nada de nada. Carlos era otra vez invisible y eso era intolerable.

Cuando salí en libertad, me estaba esperando Cabo en un Renault 12. No pude alegrarme, sabía que nos habíamos traicionado. Yo lo abandoné sin ningún cuidado aquella noche; él, para vengarse, me denunció a la policía con la que, desde que había salido de la cárcel, tenía un acuerdo preferencial.

Cabo me obligo a subirme a su auto

-Te dije que conmigo no se jode, nena.

Desde allí mismo me llevó en un viaje eterno a Córdoba, a un convento de la congregación de San Camilo, donde funcionaba una huerta de recuperación. No tuve fuerzas para rehusarme.

Así pasan el resto de mis días, internada como una laica delincuente en la congregación a la que alguna vez había querido pertenecer.

Cabo de miedo me visita una vez por mes y me trae las botellas de syrah suficientes como para que aguante hasta su próxima visita. Sigue usando guayaberas y el pelo largo y lacio atado en una cola de caballo. Cada vez, antes de irme me advierte.

-Conmigo no se jode, nena.

Con el tiempo, empecé a estimar mi encierro y me calmé por completo cuando empecé a darme cuenta de que el único romance que había buscado durante toda su vida era uno conmigo misma. Carlos había sido un espejo donde me había buscado, como lo habían sido todos los demás hombres y hasta la loca idea del noviciado.

Entre las paredes de mi cuarto austero pude descubrirlo. Entendí, también, de una vez y para siempre, que buscaba a los delincuentes no porque anhelara su vértigo sino porque envidiaba sus encierros, esos momentos en los que la vida se detiene y sólo quedaba pasar el tiempo y nada más.

Dejé de temerle a Cabo de miedo y a su frase favorita.

Tengo que admitirlo: es lo único que quiero, no salir nunca más de allí dentro, no salir nunca más de dentro de mí y abrazarme cada noche a mi botella de vino.



14

ABSOLUT

Cuentos alcohólicos - Cristina Civalé

14

ABSOLUT

Era un juego, probablemente macabro si se lo miraba bien. No es que no lo supiese pero no me importaba. No era esa la razón por la que aquél día había decidido dejar de jugarlo. No le di muchas vueltas. No aguantaba más y punto.

Hasta entonces yo había venerado sus consecuencias porque me habían permitido soñar, algo que dormida jamás conseguía. Durante la noche, sólo tenía pesadillas en las que, de diferentes maneras, una y otra vez, me aterrorizaba su muerte. La muerte de él, la del único hombre que había amado cuando creía que ese sentimiento sellaba el corazón para siempre. En realidad, todavía lo seguía pensando y esa era la única razón por la que había inventado lo del juego.

Yo no lo vi morir. No me encontraba junto a él cuando sucedió. Otros lo habían visto y me habían contado cómo había ocurrido aquello. No pude presenciar su minuto final ni saber si hubiese decidido dedicarme su última mirada. Por eso fue que, al principio, arranqué, sin más, su imagen de mis días, pero por las noches perdía el control y era hechizada por las pesadillas. La imagen de cómo había muerto se me incrustaba en el cerebro como una serpiente, segregando torbellinos venenosos de dolor, vívidos y mortecinos a la vez. En esas alucinaciones nocturnas yo siempre aparecía atada a una silla observando cómo él se quemaba luego de que su coche estallaba misteriosamente en el medio de una carretera casi desierta. Las llamas lo cubrían todo, algunos curiosos -provenientes de los escasos coches que circulaban por ahí- se acercaban y yo seguía inauditamente clavada en la silla, impedida de moverme por las sogas. Sentía como si una fuerza diabólica me hubiese estaqueado ahí mismo para hacerme presenciar, inmóvil, un espectáculo cruel. Cuando los curiosos se retiraban, quedaba sólo ceniza, un polvo gris que una brisa repentina atraía hacia mí y pegoteaba contra mi piel. Con la sensación del polvo en el cuerpo, me despertaba. Sólo sentía sed. Por eso me levantaba, me dirigía a la cocina y tomaba un largo sorbo de vodka directo de la botella que siempre procuraba tener en la heladera. Volvía a la cama pero ya no podía volver a dormirme. Esperaba, agazapada entre las sábanas, a que saliera el sol.

Durante diez años, cada noche, tuve esa misma pesadilla seguida de idéntico ritual del insomnio, la sed y el vodka. Cambiaban algunos detalles: el color del auto, la ubicación de la silla, mi corte de pelo, la cantidad de curiosos, pero, esencialmente, era siempre la misma escena.

Al principio, me despertaba sola y angustiada. A los seis meses de su muerte ya empecé a amanecer con otro hombre, con el que comencé convivir. Él nunca supo de mis pesadillas, pero sí de mi necesidad agobiante de abrazarlo con fuerza hasta que amaneciese. Lo del abrazo ocurría exactamente después de la pesadilla repetida. Entre sus brazos fingía calmar la angustia y el desconcierto de esas imágenes que me tenían secuestrada.

Apenas un año después, la pesadilla fue interrumpida por el llanto mi primera hija. Entonces la larga escena se me presentaba partida en capítulos, pero seguía sucediendo. La sogá, el fuego, él, el viento y las cenizas. La sed y las marchas a la cocina por mi ración de vodka no se vieron interrumpidas ni siquiera por las mamaderas. Lo mismo ocurrió cuando nació el varón, mi segundo y último hijo.

Desde la primera vez que tuve la pesadilla, tomé conciencia de que debía convertir la vigilia en el espacio de los sueños arrebatados, más allá de lo que en realidad sucediese cuando todavía mandaba el sol, más allá de mi vida misma, es decir del otro hombre, de mis hijos y de mi trabajo agitado. Pretendí atravesar como si supiese desenvainar una espada luminosa el compacto combo de los años postEl. Ese tiempo ordenado, tranquilo, lleno de silencios, sin pasión ni fuego. Nunca más fuego.

En efecto, en el plano de la luz, había otra realidad a la que le venía dedicando dos horas por día, que sumaba en la ida y vuelta de mi casa en el conurbano hasta mi trabajo en el centro y al revés. Allí tenía lugar el juego. En esos viajes, donde siempre me acomodaba en el mismo asiento, el de la ventanilla de la segunda fila de la derecha. Allí imaginaba cómo habría sido mi vida con él si no se hubiese muerto.

En esos diez años de ensoñaciones ininterrumpidas de lunes a viernes, -los fines de semana salía a correr sola dos kilómetros y allí jugaba- ya habíamos construido una casa en los bosques de Cariló, apartada y casi sin vecinos. También habíamos decidido no tener hijos y pasábamos el día haciendo estrictamente los que se le diese la gana: escribir, pintar, sacar fotos, hacer el amor, nadar, conversar, comprar libros por correo, caminar por la playa, cambiar de computadora cada año, nada. Él se había ido quedando pelado y a esa altura había decidido raparse a diario. Mantenía su cuerpo fibroso gracias a nuestras caminatas diarias y a una dieta sana. Yo parecía más joven, siempre usaba vestiditos sueltos, cortos y negros y lo único que había ido cambiando con el tiempo había sido el color de mi pelo. Ahora lo tenía por los hombros, en una melena castaña bastante oscura. Y estaba el amor: el refugio insobornable en el que los dos nos alimentábamos, insaciables. El juego era mi verdadera vida, el problema era que la vivía sólo ciento veinte minutos por día. Una porción de tiempo mezquino.

Apenas me acomodaba en mi asiento habitual, me ponía los auriculares del ipod y escuchaba religiosamente a Elis Regina interpretando *As Aparências Enganam*. Me demoraba en la parte en que la brasileña casi gritaba "Os corações viram gelo e depois não há nada que os degele", aunque el tema ya estuviese anclando en otra estrofa. Yo entendía muy bien esa frase porque desde la muerte de él mi corazón se encontraba congelado y ni el afecto del otro hombre ni la incondicionalidad que sentía para con mis hijos habían conseguido modificar la situación. Apenas lo entibiaba el juego.

No soportaba más esa temperatura tan baja que me envilecía. Por eso decidí que ya era tiempo de terminar con todas las mentiras: el trozo inconmensurable de mi vida falsa y la pequeña porción de vida felizmente soñada. Un invento lúdico para sobrevivir. Sabía que en algún lugar podía encontrar una vida-vida, que fuese deseadamente mía, que dejase atrás el pasado y que no me atrapase en un presente quieto que había construido con la cobardía de un plan bé.

Esa fue la razón por la que esa mañana no me clavé los auriculares y estuve nerviosa durante todo el trayecto de la combi. Era la última vez que transitaría ese camino. Había decidido abandonarlo todo: casa, hijos, trabajo, el fantasma de él, las pesadillas en las que me regodeaba y el juego con el que me conformaba.

A lo mejor mis hijos me extrañasen, probablemente el otro me maldijese, seguramente mis padres reprobasen mis actos y mis amigos dijese que siempre había estado loca, incluso desde antes de conocerlo a él. Quizá yo extrañara la risa de mis hijos, los desayunos con el otro hombre, la adrenalina de mi trabajo, mi vida social. Todo era irrelevante.

No quería buscar excusas y mucho menos encontrarlas. Se necesitaba valor, yo lo tenía muy claro, aunque también sabía que sólo contaba con mi miedo. Estaba temblando cuando me bajé de la combi en el lugar de siempre. Me costó reconocer la esquina. Igual di unos pasos como a la deriva, tiré mi cartera en el primer cesto de basura que encontré. También me deshice de mis zapatos. Caminé descalza hasta Retiro donde me subí al primer bus que partió fuera de la ciudad. Iba hacia el norte, casi hasta la frontera. Era un buen destino porque no lo conocía. En esos huecos sin nombre me quitaría mi propio nombre. Quizá en esa nueva ficción lograrse descifrar lo que me había atormentado desde su partida o quizá desde antes de conocerlo, desde siempre.

Esto: lo intratable del amor.



15

BRUT ROYAL

Cuentos alcohólicos - Cristina Civale

15

BRUT ROYAL

Juan acababa de revelarme que tenía no sé qué enfermedad en los músculos. Que se levantaba cada mañana medio paralítico, que desde que lo descubrió había decidido dejar de dormir conmigo porque se sentía menos hombre, menos viril, menos macho. Por eso cada madrugada prefería volver a su casa. Aunque el sueño lo aplastara o una tormenta lo contradijese. Muchas cosas comenzaban a aclararse desde que empezó a explicarme la causa de su repentina distancia, rogándome que no le tuviese pena.

-No es para que me tengas pena. No me gusta contarte esto justo a vos.

-Claro que no. Obvio que no, no y no enfaticé, exagerando.

Al menos no es que me rechaza, pensé, y esa idea miserable me alegró. Lástima por él si era un condenado a muerte. De todos modos, me parecía que no tenía que preocuparse tanto. Los dos estábamos dejando de ser jóvenes y se iba a convertir en un problema si él empezaba a comportarse como un hipocondríaco. Hacía tres meses que nos habíamos asociado para vender dulce de leche y yerba mate por Internet y a mí no me gustaba nada la idea de tener que ocuparme sola de todo el negocio. Nos estaba yendo muy bien. Era increíble la cantidad de argentinos esparcidos por el mundo que pagaban fortunas para tener en veinticuatro horas el dulce de leche de vaca y el sustento para su mate matinal. Estábamos considerando incluir en nuestra oferta el mate mismo en distintos modelos, desde plata artesanal hasta madera, pero eso iba a ocurrir en un momento de expansión posterior. Esperaba que los músculos de Juan estuviesen relajados para ese entonces. Era él quien entendía de software y la ampliación del negocio iba a necesitar de toda su lucidez. Lo besé en la frente, despreocupada por el momento de su manía, y me despedí hasta el día siguiente. Es que tenía que cenar con mi madre. Ella estaba cumpliendo los setenta y todos en la familia lo consideramos un número realmente importante. Pero lo que en verdad ocurría era que estábamos preocupados por su salud. Desde hacía ya dos meses, mi madre no se levantaba de la cama. Alegaba mareos perpetuos y nauseas constantes. Ningún médico les encontraba una causa orgánica y cuando ya

nos estábamos preparando para lo peor, apareció Martina, mi amiga osteópata, sugiriéndonos que podía ser un problema en las cervicales. No contamos con la posibilidad de que se estuviese equivocando. Fue palabra sagrada. La bendición de una explicación. No hay nada más tranquilizador que pretender encontrar la causa de un dolor para inmediatamente buscar cómo taparlo.

Todos aprovechamos su cumpleaños para hacerle regalos alusivos a la enfermedad: almohadillas eléctricas para enroscarlas como víboras alrededor del cuello, almohadas especiales con pequeños cráteres de goma espuma pero sin electricidad, camisones de seda sedativa, pantuflas de plumas que la harían olvidar la miseria de pisar la tierra, una chequera con diez sesiones kinesiológicas, tarjetas con saludos premuerte por si las cosas no salían demasiado bien y una lista de psiquiatras para que consultara -siempre podía pensarse en locura senil-, previamente chequeados por la vecina del cuarto piso, una psiquiatra de prestigio.

La cuestión, fuera por lo que fuese, era que mi madre iba a empezar una nueva década, probablemente la última de su vida, y estaba en las nubes. Mi padre no parecía estar muy lúcido desde que mi madre había decidido postrarse y como hija única me tocaba organizar los melancólicos festejos. Estaba con poco tiempo, pero la noticia de la enfermedad de Juan me había llenado de energía de modo que decidí que deberíamos celebrarlo a lo grande. Ordené un delivery de comida árabe -mi madre era hija de libaneses católicos-, y cuatro botellas de Pommery brut royal que había conseguido en el Winery recién inaugurado de la vuelta de mi casa.

Nuestras fiestas siempre estaban rociadas de buenas bebidas. Pedí un remise y con mi regalo - eran las pantuflas de pluma- y la comida y las botellas apretujados en un mismo bolso encaré para la casa de mi madre.

La cena estuvo lejos de ser distendida. Mi padre demostraba en cada pequeño movimiento torpes explosiones de violencia. Apoyaba la copa sobre la mesa con tanta fuerza que se producía una resonancia en la madera, hacía alarde de sus flemas despejando su garganta con gorjeos poco galantes, nos hablaba sin quitar la vista del plato y levantaba mucho la voz, más de lo necesario para que alguna de nosotras pudiésemos escucharlo. Mi madre me lanzaba con timidez miradas asustadizas y cómplices y yo me partía de pena. Sin embargo, no le sonreía ni a ella ni a él. Hacía como si no estuviese y deseaba profundamente que se muriesen de una vez.

Necesitaba que se terminasen para siempre esas escenas. Lo que ocurrió a continuación me hizo profundizar el deseo y alejarlo de todo sentimiento de culpa. No sé de qué modo salió a relucir un tema viejo. La primera mujer del hermano de mi padre, muerta ya hacía mas de treinta años de una nefritis aguda. Desde que se mencionó el nombre de Emilia, mi padre se empecinó en encontrar una foto de boda donde posaban los hermanos y sus mujeres, jóvenes y felices.

-Las tiramos- dijo mi madre sin pestañear.

-Las vimos la semana pasada- aseguró mi padre.

-No. Se la devolvimos a la madre de ella hace un año- afirmó mi madre con la misma certeza que en la aseveración anterior.

-No. Las vimos ayer- retrucó mi padre.

Yo los observaba discutir como si se tratara de un partido de tenis. Y alcé mi copa haciendo un brindis con el aire paciente que envolvía esa escena lastimosa.

De repente, mi padre se levantó y se dispuso a buscar las fotografías. Abrió una escalera y la plantó frente a un armario alto empotrado en un pasillo y sacó un número inesperado de cajas y no paró de revolver hasta encontrarlas. Se las tiró a mi madre sobre la mesa con la misma violencia de la que había hecho alarde durante toda la cena.

-Mirá, mirá, boluda grande. Viste que tenía razón.

Tomé un sorbo largo de mi copa.

Mi padre exhibió cuatro fotos que pretendí no mirar, aunque él hablaba exclusivamente para mí. Me puse de espaldas e hice como que el asunto no estuviese sucediendo. Sólo escuché el número de la boca de mi padre y los comentarios aturdidos de mi madre y seguí bebiendo.

-Tomá. Acá tenés, para que aprendas a callarte.

-Ésta es del casamiento, creo.

-Tomá esta otra.

-Ésta también. No estoy segura.

-Segura, vos nunca estás segura de nada.

Tomá esta otra.

-¿Era linda, no?

-Un minón. Mirá ésta otra. ¿No ves que yo siempre tengo razón?

Con su pregunta retórica apuré otra copa, me di vuelta y le pedí a mi madre que me mostrara los regalos. Nos levantamos y nos dirigimos a su cuarto mientras mi padre se quedó solo tratando de ordenar todo el despliegue de vergonzoso poderío que acababa de hacer. Eran apenas pasadas las diez de la noche y yo creía que la velada iba a morir -al menos iba a dejar de contar conmigo- mucho antes de la medianoche. Estaba equivocada. Nos quedamos conversando en el living como los mejores amigos, bajándonos las restantes botellas de brut royal, hasta pasadas las dos.

Todo tuvo que ver con la invocación de una costumbre temeraria de mi abuelo, el padre de mi padre, que mi padre repitió una única vez e inusitadamente y que se atrevió a relatar gracias a la liviandad que le había otorgado el Pommery.

Era conocida en la familia la anécdota por la cual mi abuelo paterno había horrorizado a su mujer durante la noche de bodas. Había cubierto con papel de diario el frente del ropero. Mi abuela no entendía de qué se trataba por lo que le preguntó.

-¿Qué hacés, querido?

-Es para cuando escupo de noche. No me gusta ensuciar las paredes.

Dicen que a causa de esa pequeña circunstancia mi abuela fue frígida por el resto de su vida. Otra tradición de familia.

Esa noche mi padre contó que cuando se fue a vivir solo, lo primero que hizo fue tapar con papel de diario las puertas del placard de su flamante cuarto. Mi abuela, que lo estaba ayudando, lo vio y lo interrumpió con la misma vieja pregunta, formulada esta vez con un tono de profunda compasión.

-¿Qué hacés, querido?

-Para escupir, mamá.

-No. Por favor... No lo hagas. Es muy feo.

Contó mi padre que bajó la cabeza y que, ayudado por mi abuela, desmontó la escatológica instalación y nunca más volvió a hablar del asunto. Todos nos reímos mucho. El tiempo y el trago le habían quitado su lado patético.

Volví a mi casa bajo la lluvia, en taxi en el cual durante todo el trayecto sonó en mi Ipod una y otra vez Rehab de Amy Winehouse: "They tried to make me go to rehab but I said 'no, no, no'".

Llegué subyugada por la música y arropada por el brut royal, contenta de haber tenido una buena velada, finalmente, con mis padres. Había sido, estaba segura, algo memorable.

En la puerta de mi edificio, me esperaba Juan, bajo la protección de su paraguas de mango hindú, lo primero de él que me había seducido.

-No me importó empaparme. Hoy quiero dormir con vos.

-Como quieras.

Subimos en silencio y mientras Juan se quitaba la ropa, yo empecé a cubrir con papel de diario las puertas del placard del cuarto.

-¿Qué hacés, querida?- quiso saber Juan.

Me metí en la cama desnuda y me senté. Al voleo, tiré un escupitajo probablemente para que Juan entendiera de qué se trataba eso de ser hombre. Ninguna parálisis muscular. Pero Juan se levantó y se fue. Mucho más de lo que las mujeres de mi familia -incluso yo- nos hubiésemos atrevido. Esa noche supe que nunca iba a tener hijos.

No hubiese tolerado más papeles de diario sobre las paredes, ni más hombres decididos a pasar la noche entera junto a mí como tampoco ser la responsable de una descendencia que ya adivinaba maldita.

"No, no, no".



16

LICOR DE HUEVO

Cuentos alcohólicos - Cristina Civale

16

LICOR DE HUEVO

Ese día interminable fue viernes santo. Había llovido hasta la hora del té, luego de que un sol hiriente atravesara las nubes grises de una mañana tan diáfana como despiadada. No había que ilusionarse. Luego contrastó con una noche rotunda y sin promesas.

La fecha fue apenas un detalle para Andrea porque ella era atea, pero a pesar de su falta de fe y de su ignorancia hacia el calendario ecuménico, se sintió impresionada por la coincidencia: la conmemoración cristiana coincidía con su cumpleaños número veinticinco, donde el festejo -lo tenía bien pensado- sería desplazado por el sacrificio, a menos que alguien, por fin, le contestara el teléfono y aceptara su propuesta.

Desde su cumpleaños anterior venía discando sin suerte y también, desde entonces, una única idea le daba vueltas en la cabeza: estaba cansada de que la considerasen una enferma. Su aspecto era rebozante y su piel blanca reconocía la textura de la buena salud. Lo mismo que el brillo de sus ojos negros, la suavidad de su melena color caramelo y un olor fresco que emanaba de su cuerpo a cualquier hora del día, sin necesidad de perfumes, cremas o algún otro tipo de loción.

Ese empecinamiento con la enfermedad tenía que ver con que Andrea se había pasado prácticamente la mitad de su vida en grupos de autoayuda -desde anoréxicas anónimas hasta mujeres que aman demasiado pasando por narcóticos anónimos y adolescentes golpeadas, entre otros muchos- y ahora sólo quería armar un grupo de sanos sin nombre, donde nadie necesitase de otra persona, donde se pudiese vivir sin contar los días en los que se había logrado vencer a la patología de turno, donde cada medianoche fuese algo más que una frontera ganada al dolor y a la supervivencia. En definitiva, un lugar donde la vida pudiese celebrarse, simplemente.

Andrea estaba agotada de la planicie en la que se había vendido deslizando, sin querer, de comunidad en comunidad. Por eso, desde el mediodía de ese viernes santo, se metió en la cama, una plaza y media que reinaba sola en el único ambiente que tenía como casa y se puso un pijama blanco y de lino, comprado para la ocasión.

Hacía media hora que había vuelto de hacer el reparto. Desde los veinte trabajaba en un servicio puerta a puerta para el que hacía deliveries en su moto de baja cilindrada. Entregaba lo que le pidieran: desde pizzas hasta documentos secretos; desde sushis que jamás había probado hasta cartas de amor.

Antes de meterse entre las sábanas, se desnudó en el baño, se encremó el cuerpo por primera vez con una leche de pepinos que había comprado de oferta en el supermercado; se cepilló el pelo y los dientes, se hizo buches con un líquido mentolado color azul, se lavó la cara con agua y jabón de glicerina, se roció la piel con un perfume agrio - también comprado en el supermercado- y recién entonces se deslizó por el pijama. Quería aplacar el frescor. Ese olor a flores la irritaba tanto como su estado. Recién entonces estuvo lista para empezar a hacer los llamados.

Tomó su inalámbrico de plástico gris con ansiedad, la misma de siempre, ésa que delataban los mordiscones que arruinaban la antena, y con la mano libre pasó, de una en una, las hojas de su agenda ajada buscando un nombre que quisiera ser su aliado.

Andrea se relajó y llegó cierto alivio inesperado. Ya estaba cerca de debelar el misterio de ese día. Y quizá fue por ese estado de serenidad que empezaron a arrinconarse en su cabeza con la voracidad intermitente de un taladro, todos los recuerdos dolorosos que siempre intentó expulsar. Por primera vez, los dejó venir y hasta aceptó los detalles que empezaban a destilarse desde su memoria adormecida. Creyó que si lograba verlos de una vez con su impertinencia microscópica, quizá encontraría alguna posibilidad para exorcizarlos.

Lo primero que se estancó ante sus ojos fue la imagen de su padre tal cual se la había relatado su abuela Natalia. Su padre, transpirado y fuera de sí, con el pelo sucio y completamente desaliñado, gritaba, desconsolado, alrededor de su cuna, mientras ella lloraba, como toda recién nacida. Su padre -siempre según el relato de su abuela- la levantó y la zarandeó como a una muñeca de trapo barata, mientras le gritaba que era una asesina.

-Tu madre murió para dejarte nacer -recuerda que su abuela le contó que su padre gritó. -Huérfana, éso merecés ser-. Fue lo último que dijo y nunca más lo vio. Según su abuela Natalia, que luego la crió, él desapareció de sus vidas y las dos perdieron algo para siempre. Natalia a su único hijo; Andrea, a su único padre.

Andrea dejó el teléfono a un lado y se abrazó a una almohada, agotada porque sentía la fuerza miserable con que su cabeza le mandaba señales de su pasado. Todo prometía que habría más detalles y también más dolor. No se equivocaba. Enseguida se vio escondida en un rincón del almacén de su barrio de la infancia. Comía, desafortunada, el quinto paquete de galletitas saladas que se había robado de uno de los estantes bajos. Esta vez la almacenera -que según después supo la venía observando- la denunció a su abuela Natalia inmediatamente fue a buscarla y le pegó con su palma gruesa sobre la cara pero tardó más de media hora en alzarla. Andrea pesaba demasiados kilos para sus ocho años, en

realidad pesaba demasiado en términos absolutos como para que la pudiese levantar una anciana. Su cuerpo amorfo de desparramaba por el piso y en él no se distinguían pecho, cintura o caderas. Sólo un gran pedazo de carne sufriente. Con la ayuda de la almacenera y de su marido, Natalia se llevó a Andrea y la ató a la cama y sobre todo, le tapó la boca con una cinta adhesiva blanca cuyo olor a goma Andrea jamás pudo olvidar. Tampoco pudo olvidar el terrible ardor en el estómago y la sequedad de su boca que delataban su hambre compulsivo.

Lo de la cama duró poco, Andrea sin poder soltar la almohada a la que se abrazaba, hizo fuerza para no llorar. Ya venía otra imagen a atacarla. Se vio sentada en círculo entre un grupo de chicas como ella donde conoció la palabra bulimia. Recordó su primer vómito en público y se sonrojó por su tristeza y por la vergüenza de su hambre . Vio sus dedos tratando de destrabar su garganta y recordó la primera caricia de su vida, la de una nena, Manuela, que la ayudó a limpiarse la boca. Fueron íntimas hasta que su abuel decidió que ya estaba curada y la sacó de los grupos y le prohibió seguir viendo a Manuela, con quien la había encontrado tanteándose en el baño y dándose besos impúdicos. Era verdad. Manuela fue el primer amor de su vida.

Andrea nunca perdonó a Natalia por esa separación. Sin embargo , por miedo, nunca se lo demostró. Se tragó esa decepción hasta el último día cuando la encontró, recién llegada del colegio, colgada con una media de seda de la araña de caireles del comedor. Andrea la desató y lloró sobre su cuerpo mustio. Ya era una adolescente.

Luego del entierro buscó desesperadamente alguna carta de Natalia donde le diese una explicación. En cambio, encontró en un libro de tapas negras un secreto escrito con letra prolija y aplicada: cientos de recetas de tragos exóticos, todos creados y probados por Natalia en sus horas de silente soledad. Andrea lo tomó como un legado. Iba a preparar cada una de esas recetas y a beberlas. Quizá en ellas encontrara algo misterioso y revelador.

Con la imagen del cuaderno en la cabeza, sintió el mismo mareo de su primera borrachera, luego de haber bebido con fervor de homenaje alguna de las combinaciones, exactamente las mezclas número dieciocho y la número veintiséis, champagne con cassis y nuez moscada y vodka con jugo de uva negra y pimienta blanca. Como si el recuerdo de la ebriedad no pudiese sacarla del pasado, volvió a sentir el primer sacudón, inolvidable y vertiginoso, de la primera raya de cocaína que la ayudó a no estar más borracha. Se vio nuevamente sentada en círculo entre un grupo de gente como ella -ahora eran todos adultos, ella ya tenía veinte- mientras repetían la oración de la serenidad como un mantra. Dios concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar. Valor para cambiar aquéllas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia. Todavía le funcionaba.

Empezó a decirla y de inmediato se encontró en la noche en la que le dieron un llavero de plástico negro por haber cumplido seis meses de abstinencia. Volvió a sentir la saliva de los besos que le dio su mejor compañero de los grupos de narcóticos, Favio. Suspiró largamente cuando se vio haciendo el amor con una pasión que no había conocido y a un nuevo suspiro sumó una lágrima, la primera de ese día, cuando se le vino encima toda la oscuridad de un domingo más o menos cercano en el que Favio la abandonó sin ninguna razón, al menos ella no había encontrado ninguna. Quizá había sido su amor pegajoso.

Andrea se vio otra vez en la puerta del departamento de Favio esperándolo con desesperación-hacía días que no le atendía el teléfono- y en esa ocasión Favio no la esquivó. Cuando bajó para comprar pan, se detuvo, la miró a los ojos, la agarró de la mandíbula y le dijo con frialdad y firmeza, como si se tratase de una desconocida: "Estás enferma, no me persigas más. Necesitás ayuda".

No era cierto. No necesitaba ayuda. Lo necesitaba a él, pero igual pidió auxilio y se acordó de todas la veces en que asistió a grupos donde estaba rodeada de mujeres que lloraban sus amores locos y perdidos y de cómo, de tanto hablar de Favio, lo convirtió en una montaña de palabras aturdidas, en un hombre cargado de adjetivos y por eso, se le hizo invisible.

Andrea clavó las uñas en la almohada y se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. Se tragó su sangre. No pudo controlarse. Volvió a sentir el rechazo y el miedo que le daba la idea de no poder vivir su vida si no estaba en un grupo. Recordó como todos sus compañeros, todos y cada uno, se negaban a formar su grupo de sanos sin nombre. "Nadie se cura, le decía uno. "La recuperación no existe. Vivimos en una ilusión. -insistía otro- Un margen sereno hasta la próxima recaída". Sus dos únicas amigas sanas, Mabel y Silvia, ellas nunca habían concurrido a grupos de ninguna clase, también se negaron: Vos todavía estas enferma, estabilizada eso sí, pero tu enfermedad ers para siempre, le dijeron sin ninguna piedad, por separado con las mismas palabras, como si se hubiesen puesto de acuerdo.

Así habían sido su pasado lejano y su pasado reciente. Había pasado horas recordando. Estaba agotada y convencida. Ya era medianoche cuando por fin logró disar. Llamó a su amigo Tomás, un protestante fanático que acababa de llegar de un oficio religioso donde se había lucido cantando El evangelista en una de las Pasiones de Bach.

Andrea lo había llamado con la idea que venía empuñando. A Tomás lo había conocido en un grupo de alcohólicos anónimos, cuando él empezó a recuperarse de su adicción al licor de huevo. -No me rompas más las pelotas -le contestó Tomás que atendió al décimo timbre del teléfono-. Igual te deseo un muy feliz cumpleaños pero ahora me voy a dormmir, mañana me levanto temprano.

Sin más explicaciones le cortó.

Andrea supo que sólo si reconocía que era una enferma incurable iba a tener su lugar en el mundo y ese lugar no le gustaba. No quería poner su cuerpo alrededor de otros cuerpos y contar miserias y sentir pena de sí misma y pedir todo el tiempo perdón.

No sin dolor esa noche decidió atravesar el rito de su adicción favorita. Primero se comió cuatro paltas con aceite de oliva griego y mayonesa. Siguió con tres platos de agnelottis rellenos con ricotta y rociados con crema de hongos. Se tomó tres platos de sopas de verduras -zapallo, zapallito y cebolla- y terminó con dos postres. Primero un flan para cuatro con crema y dulce de leche, luego frutillas -un kilo- con azúcar y jugo de naranja. Acompañó la cena con un vaso largo de licor de huevo, totalmente inapropiado para ese tipo de bebida. Terminó de tragar la última frutilla y fue al baño. Se agachó sobre el inodoro y se puso dos dedos de su mano izquierda -Andrea era zurda- en la boca hasta acariciar la garganta. El vómito ácido asomó por la laringe y se desvió hacia la nariz. Andrea se ahogó. Hizo esfuerzos para reencausarlo por la boca pero fue en vano.

Trató y trató hasta que se le acabó el aire y con la panza llena y revuelta, así, atragantada y excluída del mundo, pálidamente morada, jadeó hasta que el silencio la desvaneció.

Ya no pudo escuchar el timbre del teléfono y la voz de Tomás, breve y rotunda, grabándose en el contestador automático: Lo estuve pensado. Acepto.

